

# DE LAS COMUNIDADES ALDEANAS A LOS CURACAZGOS EN EL NOROESTE ARGENTINO

María Cristina Scattolin<sup>a</sup>

## Resumen

*En el Noroeste argentino prehispánico, las primeras evidencias formativas (1000 a.C. a 1000 d.C.) permiten diferenciar entre algunas zonas de uso cotidiano y sectores funerarios o rituales, es decir, entre conjuntos de viviendas-patio y complejos de montículos-plazuela. En el transcurso del primer milenio d.C. ya existían varios modos alternativos de diferenciación del espacio y de inversión en el paisaje arquitectónico que otorgaban primacía a medios materiales y simbólicos distintos. Al final de esta etapa se pueden distinguir, de manera más clara, dos modos de diferenciación: uno fundado en el control y manipulación de recursos sagrados, y otro basado en el control y concentración de recursos de orden sociopolítico o secular. Ambos principios de distinción operaron como medios y recursos de transformaciones sociales. Estos modos produjeron formas diversas de jerarquización del espacio social y de la arquitectura comunitaria. Estas variaciones se ilustran con la descripción de sitios y materiales arqueológicos del valle de Santa María y sus alrededores. El presente análisis está dirigido a la comprensión de la transición desde las primeras sociedades aldeanas a las formaciones posteriores.*

*Palabras clave:* aldeas prehispánicas, arquitectura residencial, Noroeste argentino

## Abstract

### FROM VILLAGE COMMUNITIES TO CURACAZGOS IN NORTHWEST ARGENTINA

*In Prehispanic Northwest Argentina, the first archaeological evidence of Formative cultures (1000 BC-AD 1000) permits us to differentiate between areas of daily use and areas of funeral or ritual uses and between household patio-groups and mound compounds. During the first millennium AD, several modes of spatial structuration and of investment in the architectural landscape were in operation. They confer primacy to different material and symbolic means. At the end of the first millennium AD two structuration modes can be distinguished more clearly: one was founded in the control and manipulation of sacred resources and the other was founded in the control and concentration of socio-political resources of a secular order. Both distinctive principles operated as the means and resources of several social transformations. These modes produced diverse forms of hierarchically-structured social spaces and of community architecture. Variations of these modes are illustrated by describing different archaeological sites and materials from the Santa María Valley and nearby areas. This analysis aims to understand social transformations from the first village communities to later ones.*

*Keywords:* Prehispanic villages, residential architecture, Northwest Argentina

## 1. Introducción

En la arqueología del Noroeste argentino, el Periodo Formativo se entiende como la época de las comunidades aldeanas de base agraria y pastoril. Durante este periodo, entre, aproximadamente, 1000 a.C. y 1000 d.C., prosperaron la manufactura cerámica, textil, metalúrgica, entre otras, y se diversificaron modos arquitectónicos en forma de viviendas, lugares ceremoniales y poblados. Al parecer, hacia el final de este

---

<sup>a</sup> Universidad de Buenos Aires, Museo Etnográfico.  
Dirección postal: Moreno 350, Buenos Aires, 1091, Argentina.  
Correo electrónico: cris@netverk.com.ar

lapso también se desarrollaron las desigualdades jerárquicas. Como estadio evolutivo, este Periodo Formativo se ubica temporalmente rezagado de los desarrollos en los Andes centrales y se localiza espacialmente en las márgenes de tales procesos (Fig. 1).

Esta caracterización realiza la presencia global y la comparación intercultural de fenómenos como la sedentarización, la adopción de prácticas agrícolas, las manufacturas —entre ellas, la cerámica—, así como la gradual complejización social, pero este segmento temporal es comprensible en forma integral en el marco de la historia de la región andina y de las distintivas historias locales. De hecho, la historia prehispánica del noroeste de Argentina, a diferencia de regiones vecinas del área centro-sur andina, está íntimamente ligada a los desarrollos culturales de las tierras bajas del este, las selvas y el Chaco, ya que abarca la sección oriental del extremo sur de la puna, los valles semiáridos y quebradas secas adyacentes y, por último, los valles húmedos o yungas de la vertiente oriental andina que localmente se denominan Selvas Occidentales o Sierras Subandinas (Fig. 2).

Una perspectiva histórica respeta el orden específico de sucesión de los eventos y generaciones, y la extensión de las interacciones durante una trayectoria de cambio, con lo que se trata de acceder, en lo posible, a descripciones cada vez más pormenorizadas que busquen eludir los esquemas «promediados» a los que fuerzan, a veces, los registros arqueológicos de baja resolución cronológica. La escasez de dataciones, sobre todo para componentes antiguos, obstaculiza su comparación intercultural y el sentido de la diferencia y diversidad regional.<sup>1</sup> Por ello, a falta de cronologías locales precisas y para ubicar mejor al lector en términos históricos, más que en términos evolutivos o procesuales, se hará uso de algunos puntos de referencia temporal conocidos. En el presente trabajo, la trayectoria considerada es coetánea del Periodo Formativo, el Periodo Intermedio Temprano y el Horizonte Medio del área centro-sur andina, expresiones que casi no se utilizan en Argentina.

Aunque los hallazgos más antiguos de cerámica en el Noroeste argentino datan de 1500 a 2000 a.C. (Fernández 1988-1989; Fernández Distel 1994; Ortíz 2003; Caria 2004; Muscio 2004), hasta el momento son pocos y esporádicos los lugares que cuentan con contextos comprensibles como para entender la forma de adopción de esta manufactura y su estabilización como tecnología incorporada a la vida cotidiana. De hecho, los fechados más informativos para la cerámica más antigua en los valles del Noroeste argentino datan de unos siete u ocho siglos antes de la era cristiana (Dougherty 1975). La naturaleza y condiciones de la introducción de la cerámica son, por tanto, escasamente conocidas.

Con mejor suerte, los primeros siglos d.C. se pueden identificar bien por cerámica sofisticada como la de los estilos San Francisco Pintado y San Francisco Inciso (Fig. 3), Vaquerías Polícromo (Fig. 4) Condorhuasi Polícromo (Fig. 5), Candelaria Modelado (Fig. 6), Río Diablo, Negro Pulido, Rojo Pulido, artefactos de piedra bien trabajados, como máscaras (Fig. 7), ciertas esculturas denominadas Suplicantes (Fig. 8),<sup>2</sup> pipas para fumar el alucinógeno cebil (*Anadenanthera colubrina* var. *cebil*) (Fig. 9) y metalurgia temprana manifestada en forma de aleaciones de cobre y adornos de oro martillado hallados en tumbas (Fig. 10). Se ha postulado que varios de estos primeros estilos cerámicos presentan semejanzas con los de la cuenca del Titicaca de las fases prepukará, Pukará, Chiripa y Tiwanaku Temprano (González 2004).

Luego, en el siglo VI d.C., en la época Tiwanaku IV, se difundieron estilos cerámicos como Ciénaga Inciso, Candelaria Inciso, Las Mercedes, continuó el uso del Gris Pulido y el Negro Pulido, así como de las pipas, y se ocuparon extensos terrenos con arreglos agrícolas y viviendas (Fig. 11). El segmento entre 600 y 900 d.C. es un lapso que muchos investigadores destacan como de una dinámica singular. En un primer momento fue denominado Periodo Medio y se definía por la expansión de la cultura La Aguada, que se consideró la expresión de influencias procedentes de Tiwanaku llegadas a través de la puna de Atacama, en Chile. Alberto Rex González propuso, por ejemplo, que: «San Pedro de Atacama, [fue el] nodo del que partieron las influencias principales que culminaron con la formación de Aguada» (González 1998: 269). Sin embargo, la singularización de este lapso se aplica solo en algunas regiones específicas, especialmente en algunos valles de Catamarca, como los de Ambato, Hualfín, Abaucán y otros de La Rioja. Y ello ocurre cuando se detectan manufacturas decoradas en el estilo homónimo<sup>3</sup> cuyos iconos más reconocibles son el Jaguar y el Sacrificador (Fig. 12). Se dice que a este último tramo del primer milenio corresponden también las famosas placas de bronce confeccionadas con la técnica de la cera perdida, entre otros artefactos finamente elaborados (Fig. 13; González 1992).

	Andes	Andes sur	Titicaca norte	Titicaca sur	Norte de Chile	Noroeste argentino	Valle de Santa María Fases
1500	Horizonte Inca	Inca Expansivo	Inca	Pacajes Inca	Horizonte Tardío (Inca)	Inca	Inca
1000	Periodo Intermedio Tardío	Altiplano	Colla	Pacajes	Periodo Intermedio Tardío	Desarrollos Regionales	Santa María
	Horizonte Medio	Tiwanaku Expansivo	Tiwanaku V	Tiwanaku V Tardío Temp. Tardío	Horizonte Medio	Formativo Superior; Periodo Medio o de Integración Regional	Colalao 650-900 d.C.
500			Tiwanaku IV	Tiwanaku IV Temp.			Bañado 450-650 d.C.
0	Periodo Intermedio Temprano	FT 2 FT 1B Formativo Tardío FT 1A	Pukara	Qeya (Tiwanaku III) Tiwanaku I-II Kalasasaya	Formativo Tardío	Formativo Temprano	Chimpa ~100-450 d.C.
	Horizonte Temprano	Formativo Medio		Chiripa Tardío Ch T 1	Formativo Medio		
-500			Qaluyu	Chiripa Medio	Formativo Temprano		Objetos de Quilmes (Colección Schreiter)
		Formativo Temprano		Chiripa Temprano			
-1000	Periodo Inicial						
-1500							

Fig. 1. Carta cronológica con la secuencia del valle de Santa María, entre otras del área andina (elaboración del gráfico: María Cristina Scattolin).

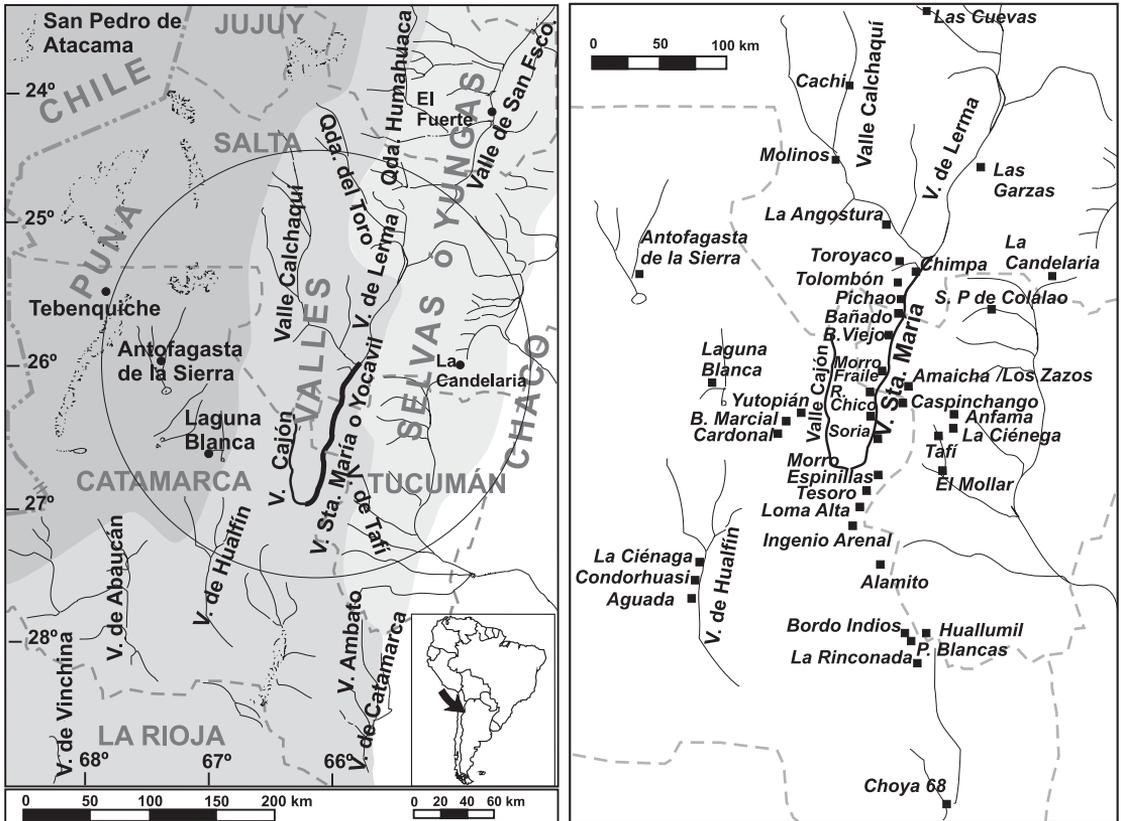


Fig. 2. El valle de Santa María, en el Noroeste argentino (elaboración del dibujo: María Cristina Scattolin).

En el último decenio del siglo XX se propuso un origen autóctono y antiguo del postulado fenómeno Aguada con el fin de contrarrestar el sesgo difusionista de las interpretaciones que lo derivaban de Tiwanaku (Pérez Gollán y Heredia 1990; Pérez Gollán 1991; Tartusi y Núñez Regueiro 1993). Esta vez, desde un marco evolucionista cultural, se ubicó el foco pionero del fenómeno Aguada en el valle de Ambato (Catamarca), y se designó un Periodo de Integración Regional —en vez del Periodo Medio— que señalaba un momento de unificación social e ideológica, una especie de «horizonte» reducido,<sup>4</sup> un «nuevo orden» cuyos jalones temporales precisos están todavía en debate. Al parecer, desde allí circularon en muchas direcciones —llegando hasta San Pedro de Atacama— cerámica, narcóticos —como el cebil—, artefactos de madera, objetos metálicos y otros bienes junto con las ideas a las que se les asociaba.

En esta resignificación del concepto, los motivos iconográficos del personaje de los dos cetros —el Guerrero o Sacrificador—, los jaguares acollarados y rampantes, entre otros, no indican una influencia recibida desde Tiwanaku, sino una ideología y una religión compartidas, desde antigua data, por todos los territorios comprendidos en la extensión desde el Titicaca a Catamarca,<sup>5</sup> pero puestas de manifiesto claramente en aquellos lugares con cerámica del estilo La Aguada y su rica imaginería (Fig. 14). Lo singular es que esta iconografía representacional, muy notoria en recipientes cerámicos finamente elaborados, se interpretó como el reflejo de la implantación de jerarquías sociales. Al parecer, cambios sociopolíticos y económicos afianzaron una escalada autónoma de «complejización» social, tipificada en forma de «señoríos» o «jefaturas», con dirigentes que habrían sido beneficiarios de «tributo en trabajo» (Pérez Gollán 2000b: 242-252). Se supone que los artefactos cerámicos manufacturados en el estilo Aguada-Ambato son el resultado de un trabajo especializado reflejado en una mayor estandarización (Laguens y Juez 1999). Para completar tal cuadro, el hallazgo de túmulos y plataformas —interpretados como «templos-pirámide»— y otras estructuras especiales no domésticas a las que se asocia la cerámica de estilo La Aguada en



Fig. 3. *San Francisco Inciso y Pintado y San Francisco Inciso*. Procedencia: Morality, Jujuy (Museo Alto La Viña) (fotos: María Cristina Scattolin).

sitios definidos como centros ceremoniales —entre ellos el muy conocido de La Rinconada (Fig. 15)— fue interpretado como un indicador de que en este tipo de sitios se originó un proceso autónomo de «institucionalización de las desigualdades hereditarias». Pérez Gollán (2000b: 242-252) expresa: «Todo indica que este proceso ocurrió a comienzos de la era cristiana, en un área geográfica que tiene por centro al [...] valle de Ambato [...]. Poco tiempo después, otros señoríos surgieron en diferentes valles y bolsones del Noroeste argentino».

A pesar del hallazgo circunstancial de algunos keros antropomorfos de oro en la puna de Jujuy (Fig. 16), atribuibles estilísticamente a Tiwanaku, varias extensas regiones —como la propia puna, la Quebrada de Humahuaca o el valle de San Francisco— no parecen haber sido afectadas por el Horizonte Medio y carecen de objetos importados del Titicaca, de artefactos asignables al estilo La Aguada y/o de alfarerías tan fácilmente reconocibles como ella, de manera que este lapso es más difícil de detectar. Por este motivo, la denominación de Formativo se extiende también a esta porción temporal. Otras regiones, como el valle de Santa María, la puna de Salta, el valle de Lerma, la Quebrada del Toro, la zona de La Candelaria o el Valle Calchaquí presentan artefactos de estilo La Aguada en cantidades exiguas, en algunas incluso menos que en San Pedro de Atacama, donde objetos importados de ese estilo se hallan en cierto número (Núñez 1994; Llagostera 1995). Una consecuencia adversa de esta situación es que dichas regiones tienden a considerarse desprovistas de dinámica de cambio o dotadas de una complejidad secundaria o derivada desde el foco ubicado en Ambato. Es probable que la indistinción de este tramo fuera de Ambato-Hualfín se deba, simplemente, a la escasa precisión que tienen las cronologías y la baja sofisticación de las secuencias cerámicas locales hasta la actualidad.<sup>6</sup> Pero, de manera hipotética, otros modelos menos difundidos sugieren, para la época del Horizonte Medio, la existencia, no de una, sino de un mínimo de tres diferentes



Fig. 4. *Vaquerías Polícromo*. Museo Condorhuasi, Catamarca y Colección Ministerio de Relaciones Exteriores, Comercio Internacional y Culto, Argentina (Rodríguez, José Luis [fotografías]. Buenos Aires, Fundación CEPPA. 2006: 105, 152, 171, 213. Cuatro fotos, color; cf. Goretti 2006; composición de María Cristina Scattolin).

esferas de interacción que parecen haber tenido conexiones independientes con San Pedro de Atacama y que se manifestaron con repertorios estilísticos distintos: Isla, La Candelaria y La Aguada (Tarragó 1989: 479; Fig. 17).

Hacia 900 o 1000 d.C. se inicia el Periodo Tardío o de los Desarrollos Regionales, que es coetáneo y bastante similar en su contenido al Periodo Intermedio Tardío en los Andes del sur. Abarca los grandes poblados aglomerados (Fig. 18) y curacazgos, primero conquistados por los inkas y luego confederados contra los españoles, y que se identifican por la presencia de cerámica característica como la del estilo santamariano (Fig. 19), metalurgia elaborada conformada por objetos suntuarios de bronce y otros artefactos (Fig. 20). Durante esta época, los valles y quebradas del noroeste alcanzaron sus más altos índices demográficos y algunos de esos pueblos ocupaban una decena de hectáreas densamente edificadas (Nielsen 1996).

Las hipótesis existentes acerca de las trayectorias y fuerzas de cambio social comprendidas en la parte final del Periodo Formativo constituyen uno de los temas de debate en la arqueología argentina, ya que se supone que en dicho lapso están implicados procesos de integración jerárquica y de aparición de diferencias en el acceso a bienes materiales y simbólicos. En el presente artículo se enfocará el uso de cultura material —sobre todo arquitectura y cerámica— en el marco de las estrategias sociales que generaron recursos de orden material y simbólico, con el objeto de comprender el paso desde las primeras sociedades aldeanas a las formaciones posteriores. Se tratará de demostrar que en el transcurso del primer milenio d.C. operaban varios modos alternativos de diferenciación del espacio y de inversión en el paisaje arquitectónico que otorgaron la primacía a medios materiales y simbólicos distintos. Estos modos produjeron formas diversas de jerarquización del espacio social y de la arquitectura comunitaria.

Desde un principio, las formas de estructuración del paisaje estuvieron inmersas en los sistemas de parentesco y las relaciones domésticas y productivas. Con las primeras evidencias formativas es posible



Fig. 5. Condorhuasi Policromo. Museo Adán Quiroga de Catamarca (Rodríguez, José Luis [fotografías]. Buenos Aires, Fundación CEPPA. 2006: 148, 161, 167, 188, 233, 235. Seis fotos, color; cf. Goretti 2006; composición de María Cristina Scattolin).

diferenciar entre algunas zonas de uso cotidiano y sectores funerarios o rituales, es decir, entre conjuntos de viviendas-patio y complejos de montículos-plazuela. Ya en la última parte del Periodo Formativo se pueden distinguir, más claramente, dos modos de diferenciación: uno fundado en el control y manipulación de recursos sagrados, y otro basado en el control y concentración de recursos de orden sociopolítico o secular. Ambos principios de distinción operaron como medios y recursos, en sí mismos, de transformaciones sociales, pero su fuerza de imposición y su expresión en la cultura material pudo haber variado en el tiempo y en el espacio. A continuación se presentarán estas variaciones mediante una descripción de sitios y materiales arqueológicos formativos del valle de Santa María y alrededores que han sido objeto particular de las investigaciones de la autora. Se alude a estas primeras poblaciones aldeanas como «sociedades presantamarianas» o, de forma más general, «formativas».

## 2. La radicación aldeana

El valle de Santa María es una cuenca amplia de unos 30 kilómetros de ancho y 100 kilómetros de longitud, con orientación Norte-Sur. Está flanqueado por montañas de una altura de 5000 metros sobre el nivel del mar y su gran extensión abarca opciones ambientales muy variadas para la agricultura, el

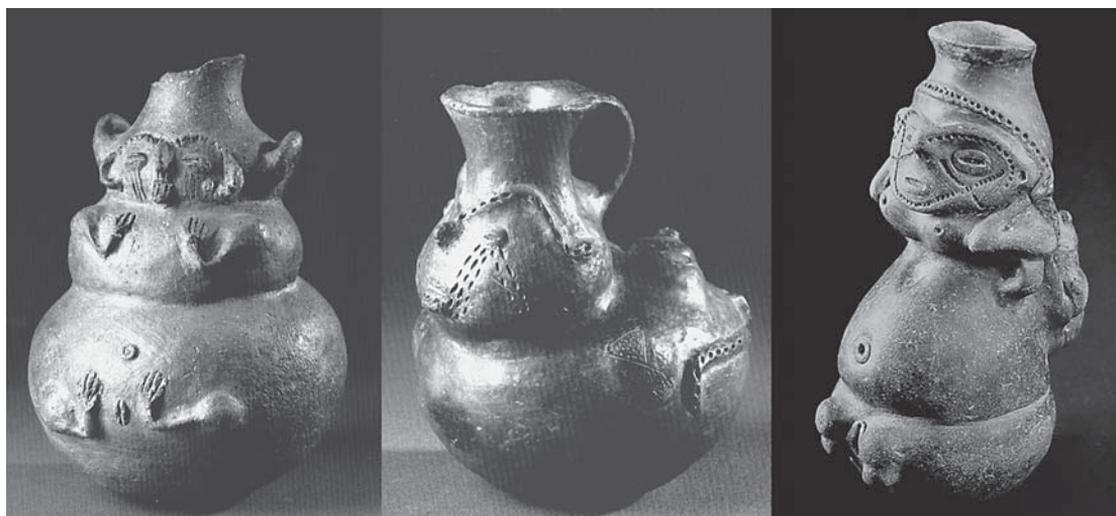


Fig. 6. Candelaria Modelado (a la izquierda, Rodríguez, José Luis [fotografías]. Buenos Aires, Fundación CEPPA. 2006: 162, 163. Dos fotos, color. A la derecha, De Zubiría, Facundo [fotografías]. Buenos Aires, Fundación Nicolás García Uriburu. 1990: 23. Una foto, color; cf. Goretti 2006; composición de María Cristina Scattolin).

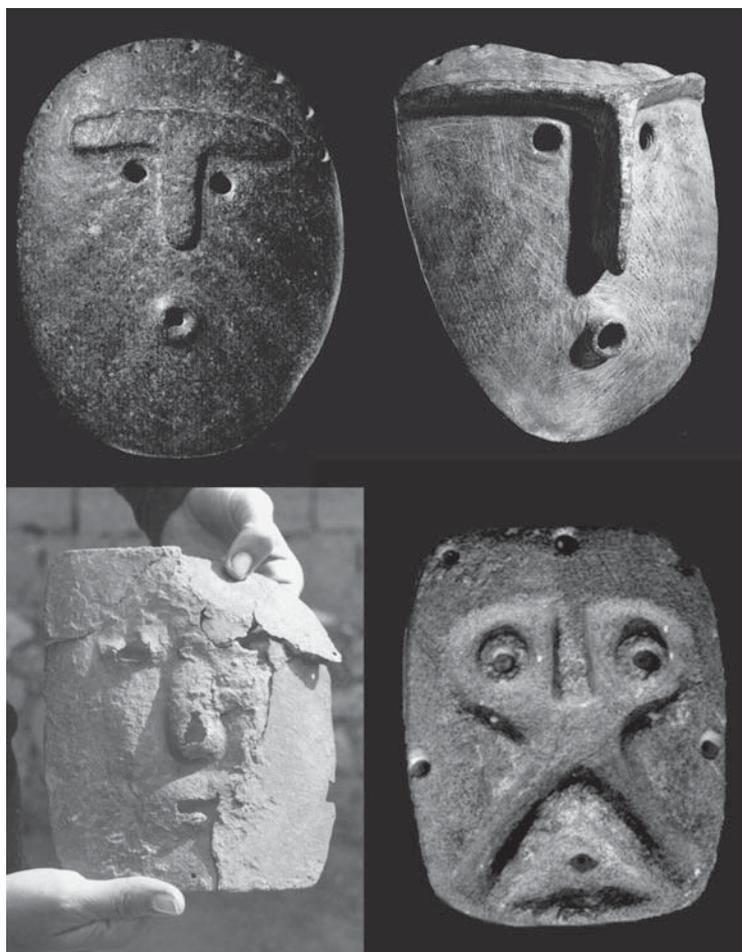


Fig. 7. Arriba, máscaras de piedra pulimentada procedentes de Catamarca. Museo Adán Quiroga de Catamarca (Rodríguez, José Luis [fotografías]. Buenos Aires, Fundación CEPPA. 2006: 136, 137; cf. Goretti 2006); abajo: derecha, pieza procedente de Tucumán (colección privada, Villa Gesell; foto: María Cristina Scattolin; abajo, izquierda: máscara de cobre hallada en una tumba del sitio Bordo Marcial, valle del Cajón (foto: Marilyn Calo).

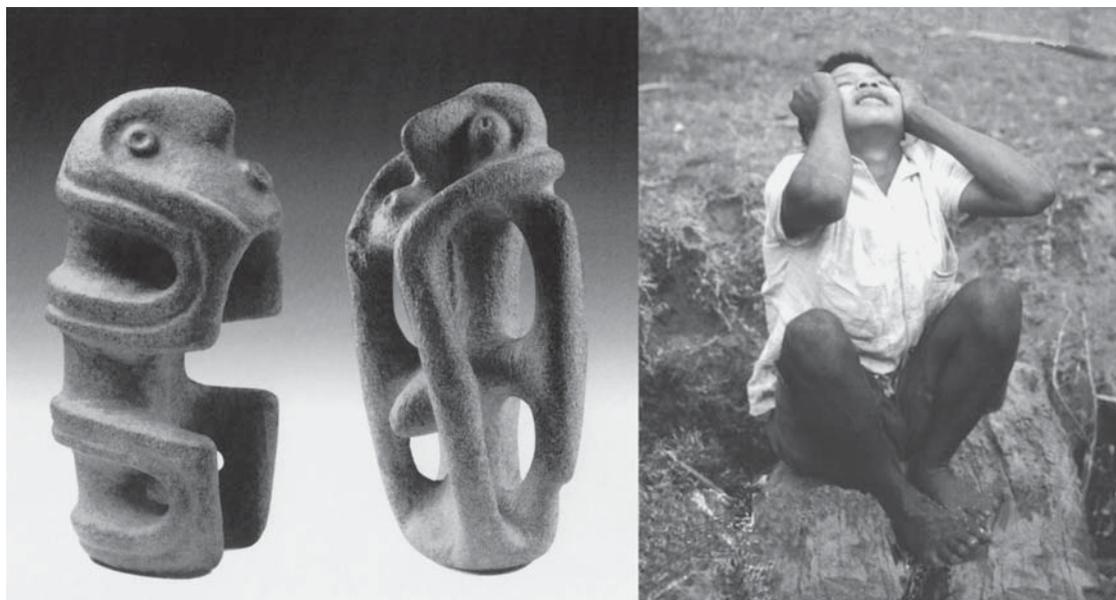


Fig. 8. Izquierda: «suplicantes» de piedra. Museo de la Plata (foto: María Cristina Scattolin); derecha: un joven indio aché-kwaré imita la posición de la muerte en una tumba (Sebag, Lucien [fotografía]. París, Laboratoire d'anthropologie sociale/fonds des archives photographiques, Collège de France y École des hautes études en sciences sociales. 1969. Una foto, blanco y negro; cf. Sebag 1969).



Fig. 9. Pipas para fumar cebil. Izquierda: pieza procedente del sitio Moralito, Jujuy. Museo Alto La Viña (foto: María Cristina Scattolin); arriba, derecha: pieza del valle de Santa María. Museo Histórico de Salta (foto: María Cristina Scattolin); abajo, derecha: pipa de piedra y otra de cerámica (De Zubiria, Facundo [fotografía]. Buenos Aires, Fundación Nicolás García Uriburu. 1999: 62. Una foto, color; cf. García Uriburu 1999).



Fig. 10. Adornos de oro. a. Pieza excavada por la autora en el sitio Loma Alta, falda del Aconquija; b. Pieza procedente de Andalbualá, valle de Santa María; c. Pieza de Lorohuasi, valle de Santa María; d. Pieza procedente de La Quebrada, valle del Cajón (todos del Museo Eric Boman, Santa María) (Rodríguez, José Luis [fotografías]. Buenos Aires, Fundación CEPPA. 2006: 255, 257, 259, 261. Cuatro fotos, color; cf. Goretti 2006).

pastoreo y el asentamiento humano (Fig. 21). Hasta hace poco tiempo, la imagen de la ocupación del valle estaba monopolizada por los grandes asentamientos y fortalezas o pukarás que fueron sede de los jefes calchaquíes del Periodo de Desarrollos Regionales. Entre ellos estaba el de Tolombón, donde, al parecer, en la época colonial vivió el curaca Juan Calchaquí, y los de Rincón Chico, Quilmes, Fuerte Quemado, entre otros. En cambio, las primeras comunidades formativas de esta área se conocen bastante poco.

De la fase inicial del Periodo Formativo se cuenta con unos pocos hallazgos hechos en Tucumán en los primeros decenios del siglo XX por parte de R. Schreiter, asistente de Alfred Métraux, y que ahora se encuentran en el Världskulturmuseet de Göteborg. Se trata de algunos conjuntos funerarios dentro de urnas ovoides de cerámica tosca hallados cerca de Quilmes y en Quebrada del Carmen. Entre los objetos hay varios cestos, capuchas de fibras vegetales y máscaras compuestas por combinaciones poco usuales de materias primas y sustancias diversas que incluyen cabello y algunos huesos humanos (mandíbulas), cuero, fibras, pelo y dientes de animales, tinturas, resinas y fibras vegetales. Varios de estos objetos corresponden a fechas entre 1500 y 400 a.C. (Muñoz y Stenborg 1999; Muñoz 2002 ms.) (Fig. 22), es decir, coetáneas con Chiripa, en el lago Titicaca.

Fuera de Santa María, hacia el norte, en el valle de San Francisco, en la Quebrada del Toro y en el valle de Lerma se manufacturó cerámica refinada en los sitios Saladillo Redondo, El Fuerte, Moralito, Las Cuevas y Las Garzas entre 800 y 200 a.C. (Cigliano *et al.* 1976; Ortiz 2003). Es probable que al mismo



Fig. 11. a, b, c. *Candelaria Inciso*. Museo Etnográfico, Buenos Aires (fotos: María Cristina Scattolin); d, e, f. *Ciénaga Inciso* (d, f, Instituto de Arqueología y Museo, Tucumán; e, Colección Ministerio de Relaciones Exteriores, Comercio Internacional y Culto, Argentina; e, f, Rodríguez, José Luis [fotografías]. Buenos Aires, Fundación CEPPA. 2006: 192, 207. Dos fotos, color; d, foto: María Cristina Scattolin; cf. Goretti 2006).

tiempo que se dio el desarrollo de las fases Chiripa Tardío, Pukará y Tiwanaku I y II —lapso en que se difundieron los estilos de talla lítica de Yayamama y Khonkho Wankane del área centro-sur andina (Mohr Chávez 2001; Janusek 2004)—, también se grabaron estelas de piedra que se erigieron alrededor de montículos en lugares como El Mollar, valle de Tafí, inmediatamente al este de Santa María, con fechados tan antiguos como  $2296 \pm 70$  a.p. (sin calibrar) (González y Núñez Regueiro 1962; González y Lagiglia 1973; Fig. 23).

En el fondo del valle de Santa María los sitios arqueológicos están representados casi exclusivamente por dispersiones superficiales de cerámica que, al excavarse, ofrecen también restos en capas, adecuados para ordenar en secuencias, pero es muy raro el hallazgo de estructuras habitacionales antiguas. Un reciente estudio en el sitio de Bañado Viejo proporcionó un perfil estratigráfico que comprende casi 1000 años de acumulación. Pese a que la secuencia no abarca componentes tan antiguos como los de los valles de San Francisco o de Tafí, permite obtener, al menos, una perspectiva temporal de largo plazo. Es decir, mientras se acumulaba la columna sedimentaria de más de 3 metros de profundidad, ocurrió de manera simultánea el crecimiento de Tiwanaku a partir de una aldea hasta convertirse en una ciudad-Estado. Por lo tanto, tal estratigrafía resulta muy útil para separar en fases la última parte de la larga trayectoria formativa y ofrecer una primera subdivisión de la cronología presantamariana. El perfil muestra una sucesión de depósitos diferenciados y revela cómo se distribuyen ciertos rasgos de la cultura material en el tiempo (Fig. 24). Estas evidencias materiales, junto con la de los sitios vecinos, permitieron determinar una secuencia provisional de tres fases para el Periodo Formativo del valle de Santa María: Chimpa (alrededor de 100 a.C. a 450 d.C.), Bañado (450 a 650 d.C.) y Colalao (650 a 900 d.C.). Hasta ahora, con excepción de los objetos de la Colección Schreiter de Göteborg, no hay suficiente evidencia para proponer fases anteriores que abarquen los fechados más antiguos (Scattolin 2007).

Las primeras instalaciones de poblaciones sedentarias del valle con arquitectura permanente, correspondientes a la fase Chimpa en su mayoría, tienen descripciones breves, fueron escasamente registradas en



Fig. 12. Arriba: Sacrificador y jaguar; centro, izquierda: kero con diseño de jaguares acollarados. Museo Adán Quiroga de Catamarca (Rodríguez, José Luis [fotografía]. Buenos Aires, Fundación CEPPA. 2006: 224. Dos fotos, blanco y negro, y color); centro, derecha, representación del Sacrificador en una escudilla gris grabada. Museo de La Plata (foto: María Cristina Scattolin); abajo: despliegue del diseño del kero (Rodríguez, José Luis [fotografía]. Buenos Aires, Fundación CEPPA, 2006: 77 y 224. Una foto, blanco y negro; cf. Goretti 2006).

excavaciones antiguas y pocas cuentan con fechados. Se trata de conjuntos de viviendas de planta circular y rectangular, y de carácter disperso o concentrado. El sitio Chimpa, que da nombre a la fase, solo mostró «[...] algunas hileras de piedras que corresponden a recintos de vivienda, cuya planta no fue posible determinar» (Heredia *et al.* 1974: 135), pero suministró fragmentos de alfarería de color marrón de borde engrosado y fragmentos de tiestos con decoración pintada en tres colores, lo que fue la base para caracterizar el estilo Vaquerías. Dicho yacimiento constituye el sitio tipo de dicho estilo.

El más antiguo sitio habitacional fechado en Santa María es Soria 2 (1940 ± 80 a.p., sin calibrar, LP-1541) y abarca una serie de recintos de planta ortogonal en cuyo interior se hallaron áreas con evidencias de actividad doméstica con cerámica negra pulida e incisa, fragmentos del estilo Vaquerías, artefactos de



Fig. 13. Discos de bronce (izquierda, Museo de La Plata, foto: María Cristina Scattolin); derecha, Colección Ministerio de Relaciones Exteriores, Comercio Internacional y Culto, Argentina (Setton, Marcelo [fotografías]. Buenos Aires, Ministerio de Relaciones Exteriores, Comercio Internacional y Culto, Argentina. 2000: 59. Dos fotos, color; cf. Pérez Gollán 2000).

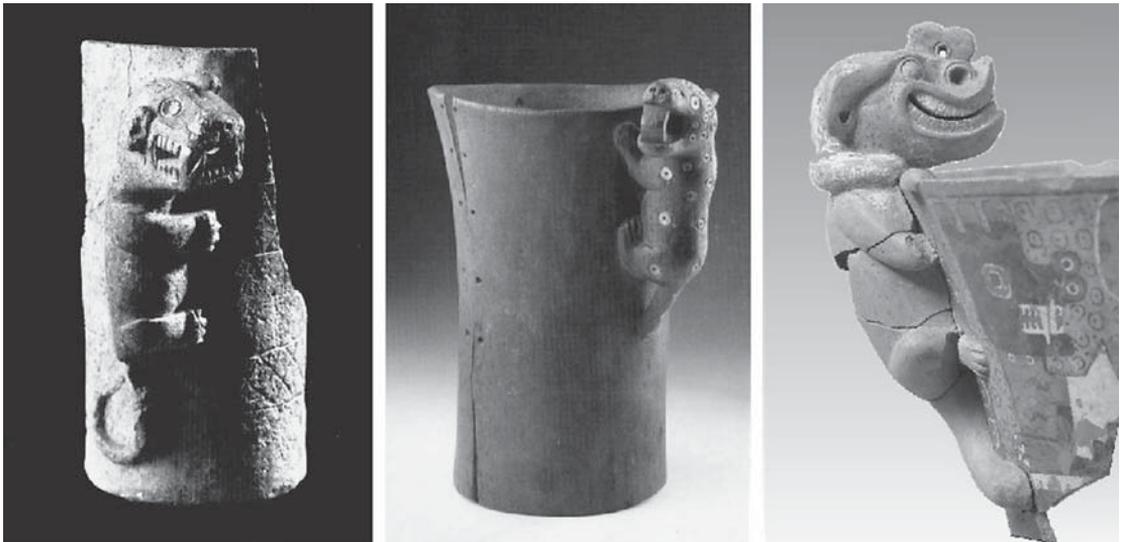
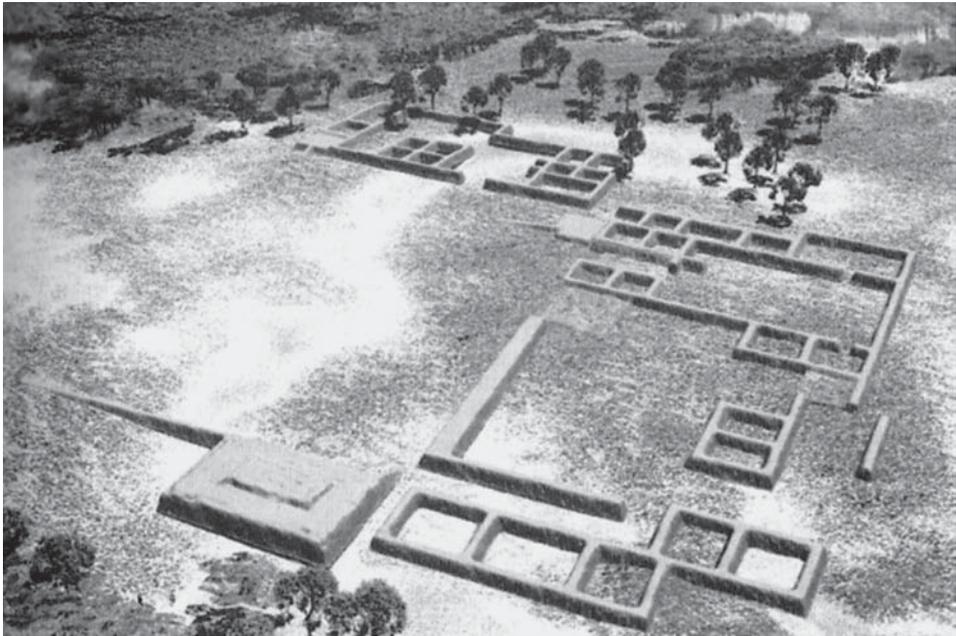


Fig. 14. Keros con figuras de felino rampante. Izquierda: pieza de piedra procedente del Noroeste argentino, Museo Adán Quiroga de Catamarca (Rodríguez, José Luis [fotografía]. Buenos Aires, Fundación CEPPA. 2006: 210. Una foto, color; cf. Pérez Gollán 2000); centro: pieza de madera atribuida al componente cultural Aguada hallado en San Pedro de Atacama. Museo G. Le Paige (Museo Chileno de Arte Precolombino, tomada de Núñez 1995: foto 16); derecha: pieza procedente de la isla Pariti, lago Titicaca (Korpisaari, Antti [fotografía]. La Paz, Embajada de Finlandia. 2005: fig. 28. Una foto, color; cf. Korpisaari y Pärssinen 2005).

hueso trabajado, puntas de flecha de obsidiana, alisadores y manos de moler, pipas de fumar de cerámica gris-negra pulida y varios enterramientos de neonatos, al parecer inhumados con posterioridad al uso de la habitación (Palamarczuk *et al.* e.p.).

Un ejemplo de viviendas de planta circular se halló hace muchos años en el sitio Toroyaco, donde se excavó una unidad residencial compuesta por tres recintos y rodeada de áreas agrícolas. De uno de los recintos se recuperaron fragmentos de cerámica polícroma junto con otros tipos grises y fragmentos de



*Fig. 15. Complejo de La Rinconada de Ambato (dibujo tomado de Gordillo 2004: lám. X).*



*Fig. 16. Keros de oro de Doncellas (foto tomada de Rolandi de Perrot 1974: 153).*

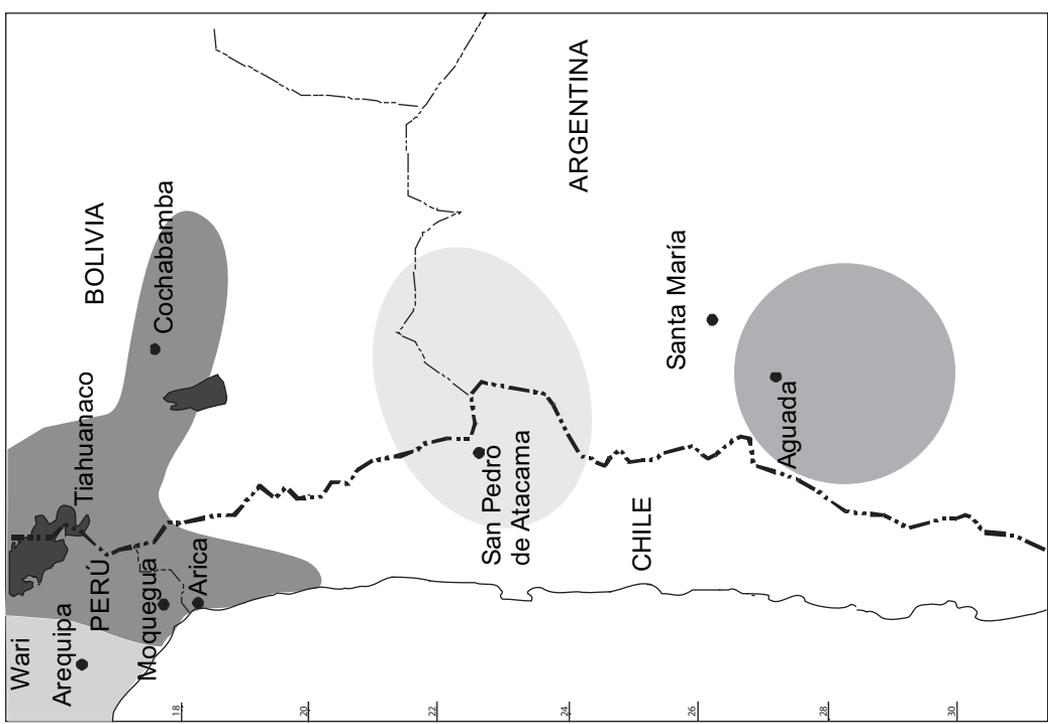
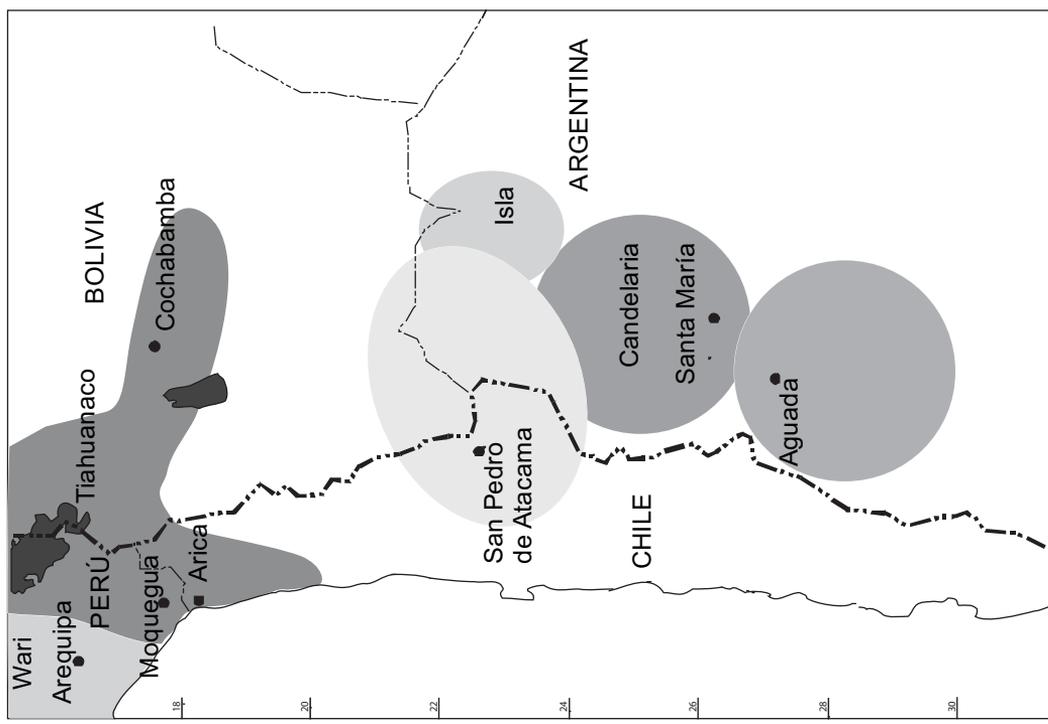
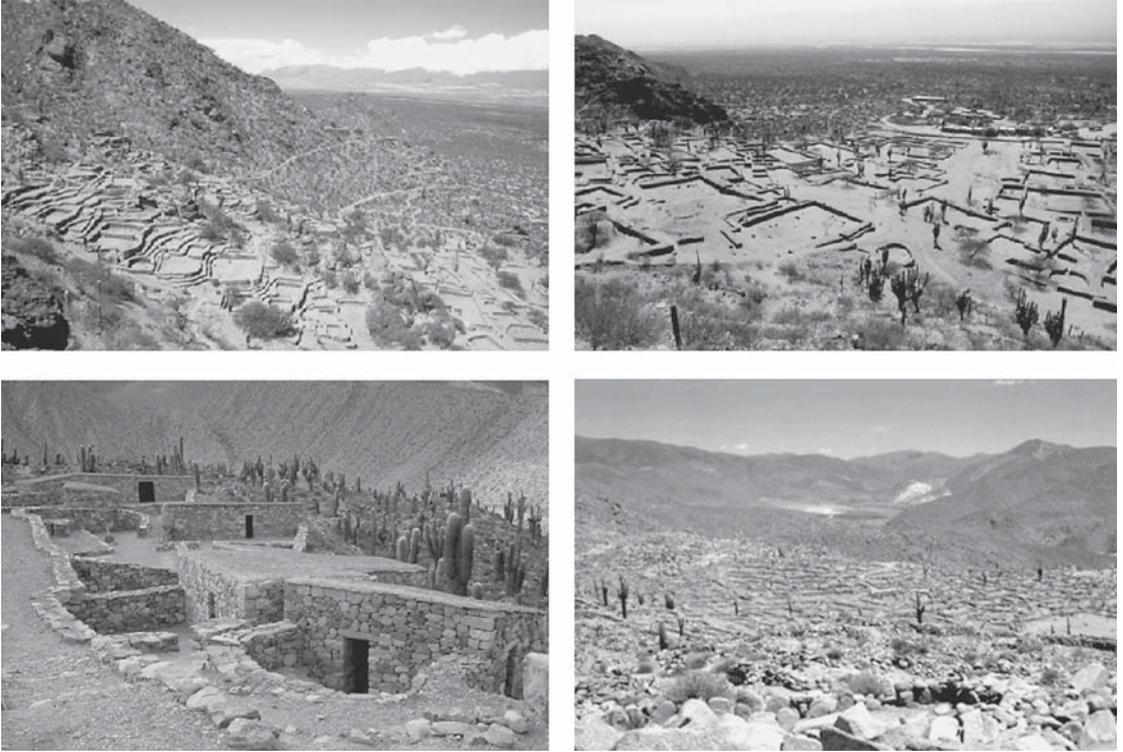


Fig. 17. Dos modelos de esferas de interacción para la segunda mitad del primer milenio d.C. Izquierda: el modelo de Tarragó (1989) (dibujo: María Cristina Scattolin).



*Fig. 18. Poblados aglomerados del Periodo de Desarrollos Regionales. Arriba: Quilmes; abajo, izquierda: reconstrucción del antiguo poblado de Tilcara; abajo, derecha: Santa Rosa de Tastil (fotos: María Cristina Scattolin).*



*Fig. 19. Urnas de estilo santamariano. Museo Etnográfico, Buenos Aires (foto: María Cristina Scattolin).*

pipas de cerámica marrón pulida que se pueden fechar en los primeros siglos de la era cristiana (Tarragó y Scattolin 1999). Otro sitio, Tesoro II, fechado en  $1795 \pm 70$  a.p. —es decir, algo posterior a Soria—, se ubica a 3200 metros sobre el nivel del mar en relación con el paso que conecta la vertiente este y oeste de la Sierra del Aconquija (de 5500 metros de altura). Ocupa menos de 1 hectárea (0,8 hectáreas) y allí se



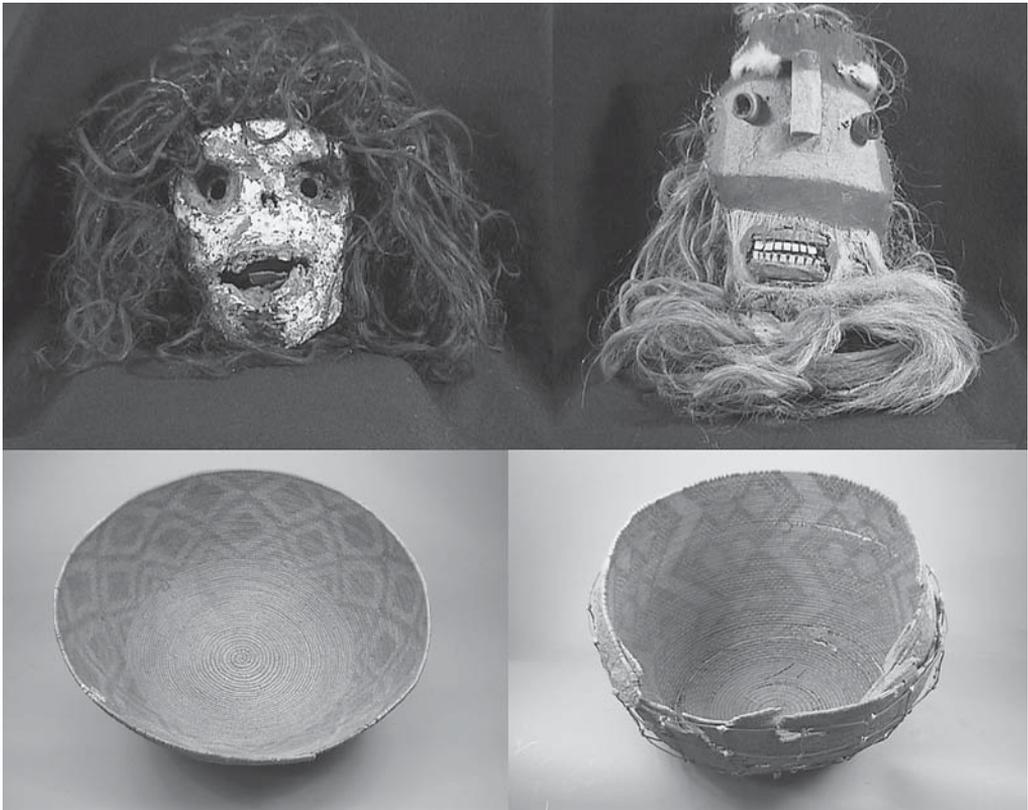
Fig. 20. Objetos de bronce del Periodo de Desarrollos Regionales. a. Manoplas; b. Hacha; c, e. Discos. Colección Ministerio de Relaciones Exteriores, Comercio Internacional y Culto, Argentina (Rodríguez, José Luis [fotografías]. Buenos Aires, Fundación CEPPA. 2006: 117, 119, 242, 247. Cuatro fotos, blanco y negro; cf. Goretti 2006); d. Campanas. Colección Ministerio de Relaciones Exteriores, Comercio Internacional y Culto, Argentina (foto tomada de Pérez Gollán 2000: 64).

concentran unas 65 estructuras de planta de forma circular o subcircular. Al menos unas 50 son habitacionales y alrededor de 15 no son residenciales (Fig. 25). En él se ha hallado cerámica del estilo Rojo sobre Ante, fragmentos del estilo Condorhuasi Polícromo y tiestos del estilo Negro Pulido. Su situación debe ser destacada: Tesoro II está completamente separado de las áreas aptas para el cultivo, que se encuentran a solo 500 metros, en el sitio Tesoro I. En otras palabras, hay una clara separación entre un área agrícola y un área de residencia. Se localiza muy cerca de zonas de pasturas y en la senda natural al portezuelo de la sierra, es decir, una localización apropiada para acceder a sendas y puestos de pastoreo. El lugar permite monitorear, desde el lugar de residencia (de carácter aglutinado), las actividades de producción (pastoreo y agricultura) y de circulación (sendas, tránsito y caravaneo).

El sitio de Ingenio del Arenal-Faldas del Cerro, recientemente fechado en  $1795 \pm 36$  a.p. (sin calibrar) (Lazzari 2006: 118), está compuesto por varias decenas de viviendas circulares, con largos pasillos de entrada, que se agrupan por pares o en mayor número. Otras estructuras de mayor diámetro sugieren la existencia de corrales. Contenían cerámica del estilo Condorhuasi Polícromo y tiestos negros pulidos e incisos, numerosos artefactos líticos de obsidiana, basalto, esquisto, andesita y dacita, así como indicios de producción de bienes metálicos, como trozos de mineral verde, material refractario, fragmentos de escoria, entre otros. La obsidiana procede de la puna de Catamarca, más de 200 kilómetros al oeste —donde se encuentran algunas de las fuentes más conocidas de obsidiana usada para la confección de puntas de proyectil—, mientras que los minerales cupríferos provienen del rico yacimiento de Mina Capillitas,



*Fig. 21. La ciudad de Santa María, al fondo la sierra del Aconquija y, al frente, el cauce del río (foto: María Cristina Scattolin).*



*Fig. 22. Máscaras y cestos de Quilmes (fotos: Ferenc Schwetz, Världskulturmuseet, Göteborg; cortesía: Adriana Muñóz).*



Fig. 23. Monolitos de piedra de Taft del Valle (fotos tomadas de Berberían 1989: lám. III).

ubicado 20 kilómetros al sur (Márquez Miranda y Cigliano 1961; Lazzari 2006; Lazzari y Pereyra Domingorena e.p.; Fig. 26). Otros dos sitios en el adyacente valle del Cajón, Cardonal y Yutopian, se conforman de pequeñas aldeas con unidades domésticas compuestas por varias habitaciones y, en el caso de Yutopian, con estructuras agrícolas entremezcladas. Sus ocupaciones, fechadas entre 200 a.C. y 600 d.C., son, por lo tanto, isocrónicas con Pukara y Tiwanaku Temprano.

El sitio Cardonal se emplaza justo al pie de un paso natural que conecta la región de la puna con la valliserrana. Esta conveniente localización dentro del paisaje sugiere que el sitio pudo haber sido un lugar de importancia en la comunicación y el tránsito entre las poblaciones asentadas en distintas zonas ecológicas. En ese sentido, es probable que este paso haya constituido una ruta privilegiada de tránsito para aquellas poblaciones establecidas en la puna sur, como Laguna Blanca que, de Oeste a Este, luego de atravesar el valle de Santa María y el valle de Taft, y pasar el Aconquija, habrían alcanzado la vertiente oriental andina o yungas, y lo mismo en el otro sentido. Los trabajos en Cardonal proporcionaron cerámica de los estilos Vaquerías, Taft-Candelaria y Río Diablo Inciso —similar a la cerámica del estilo San Francisco Inciso de las yungas—, tiestos del estilo Negro Pulido, común en la región puneña, y obsidiana, también de la puna (Fig. 27). Yutopian es un sitio multicomponente que, en su sector correspondiente al Periodo Formativo, contiene evidencias de metalurgia de cobre y uso de cerámica de los estilos Vaquerías, Taft-Candelaria, Condorhuasi Polícromo, Río Diablo Inciso y Gris-Negro Pulido (Fig. 28) (Scattolin y Gero 1999).

Mientras en los valles las estancias se expanden por fisión, en un patrón de residencias dispersas, en la puna y las quebradas altas, con una mayor dedicación al pastoreo, las evidencias de sitios residenciales apuntan a la ocupación recurrente de ciertos espacios, por lo que el aspecto actual de los sitios es de montículos apiñados o separados, formados por agregación, que contienen los fondos de cabañas, normalmente de planta circular y de paredes de barro batido, en ocasiones con zócalos de piedras y entremezclados con restos de basura y paredes desmoronadas (Cigliano *et al.* 1976; Raffino 1977; Tarragó 1980, 1996; Olivera 1991). A sus muertos se les enterraba por debajo de los pisos o en lugares cercanos a las viviendas, en urnas o en la tierra.

En los sitios habitacionales, la cerámica policroma de los estilos Condorhuasi y Vaquerías acompaña, en número reducido, la alfarería utilitaria, muy abundante, de paredes espesas e inclusiones gruesas de roca molida y mica. Una gran cantidad son vasijas-efigie y debieron tener funciones votivas (yuros chayadores). Es probable que ambos estilos fueran empleados en contextos de uso especiales, no cotidianos o discontinuos. Aunque sean fácilmente transportables, su tamaño pequeño y sus siluetas especiales les restan aptitud para desempeñar una amplia gama de funciones prácticas. En cambio, los tazones, jarros, escudillas y cuencos (pucos) para comer y beber son, por lo general, grises, negros o rojos, decorados con incisiones o lisos y pulidos, y mayormente destinados a raciones individuales o pequeñas. Ni la

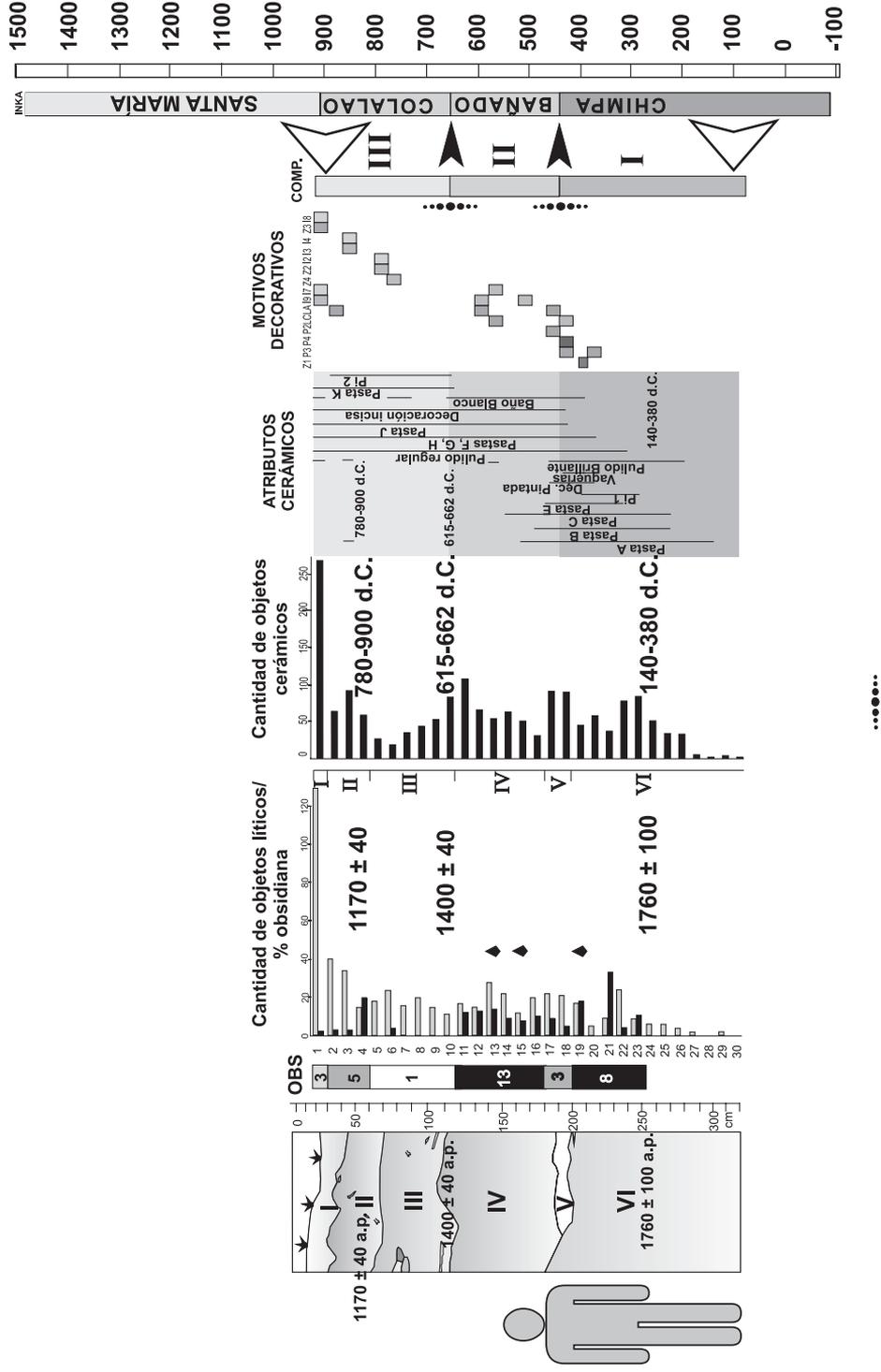


Fig. 24. Perfil de Bañado Viejo, localidad de El Bañado, valle de Santa María (dibujo: María Cristina Scattolin).

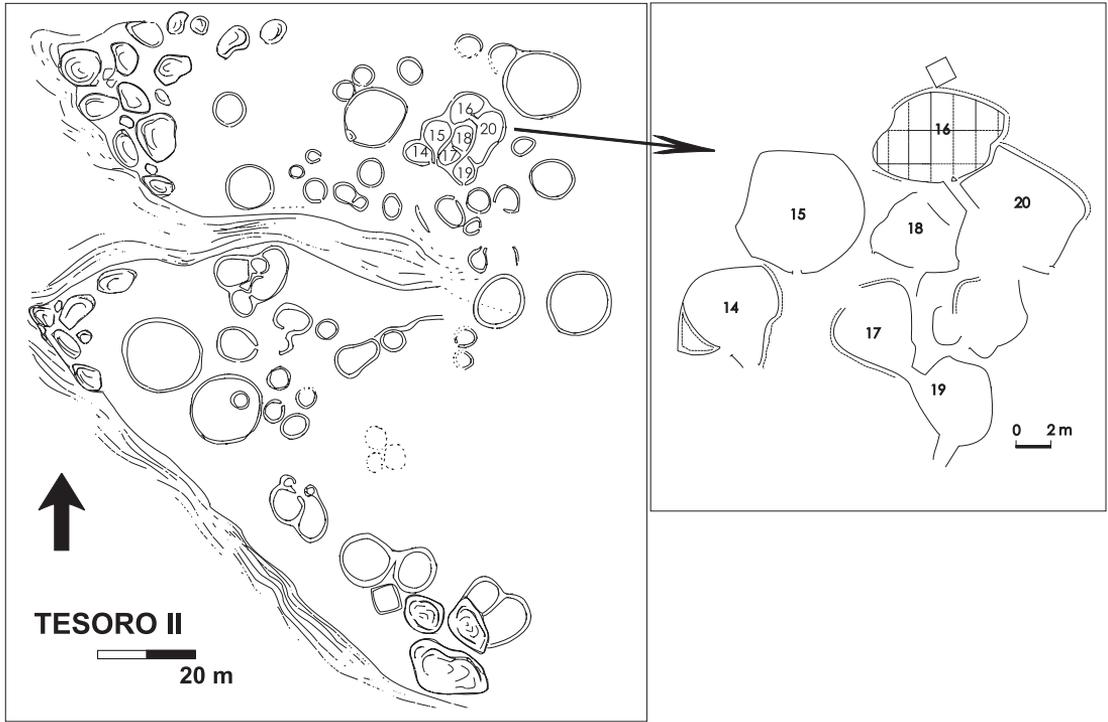


Fig. 25. Tesoro II. Izquierda: plano del sitio; derecha: un núcleo habitacional (dibujo: María Cristina Scattolin).

alfarería policroma ni la lisa parecen aptas para el servicio de la comida o la bebida en contextos de hospitalidad social amplia o concurrencia numerosa. En contraste, las urnas funerarias tenían grandes dimensiones y decoraciones aplicadas e incisas.

Es probable que durante los primeros siglos de la era cristiana todavía continuara en uso el montículo de El Mollar, ya que proporcionó fechados de  $1955 \pm 55$ ,  $1950 \pm 60$ ,  $1930 \pm 60$  y  $1920 \pm 65$  a.p., tres o cuatro siglos más tarde que su fecha más antigua (González y Lagiglia 1973: 294). Sus excavadores lo definieron como un montículo ceremonial que habría estado rodeado de monolitos grabados. El sitio contiene enormes cantidades de cerámica ordinaria, así como muy poca cantidad de cerámica incisa y del estilo Vaquerías, y en su base se hallaron enterramientos (González y Núñez Regueiro 1962).

La escultura lítica parece haber sido importante durante la fase Chimpa. Prueba de ello lo constituyen los postes fálicos, felínicos y antropomorfos de Tañí, ubicados al frente de los sitios residenciales, en el centro de grandes recintos, en los montículos o en puntos de acceso a sectores productivos pastoriles. Se cree que los monolitos fueron la expresión material de los ancestros tutelares o huancas (Duviols 1979; García Azcárate 1996) (Fig. 29). De la misma fase también se conocen figuras esculpidas en otras regiones como el monolito labrado en bajorrelieve de la Mujer-Saurio o Mujer-Felino, el que habría estado erguido en posición prominente entre dos plataformas ceremoniales de un sitio de la zona de Alamito, al sur de Santa María (Fig. 30). Hay más de 50 sitios en la zona de Alamito, todos con la misma distribución. Se trata de un patrón de asentamiento de simetría bilateral, con recintos de planta cuadrangular y trapezoidal en torno de un patio central y, frente a ellos, dos plataformas y un gran montículo. Los canchones y corrales ocupan la periferia de las viviendas. Tienen dataciones de  $1950 \pm 50$ ,  $1910 \pm 60$ ,  $1660 \pm 100$ ,  $1656 \pm 38$ ,  $1630 \pm 60$ ,  $1600 \pm 70$  y  $1560 \pm 100$  a.p. (Angiorama 1996-1998: 103; Núñez Regueiro 1998: 191). Algunas habitaciones contienen entierros debajo de los pisos, otras presentan áreas de trabajo metalúrgico y en ciertos sectores se enterraron conjuntos de cráneos humanos modificados. De esta misma zona provienen, al parecer, los mencionados «suplicantes», fuentes y morteros esculpidos.

Además de su función protectora o tutelar, los monolitos permitieron canalizar estrategias de inversión simbólica, objetivadas en la materia y muy convenientes para aumentar el capital de reconocimiento de

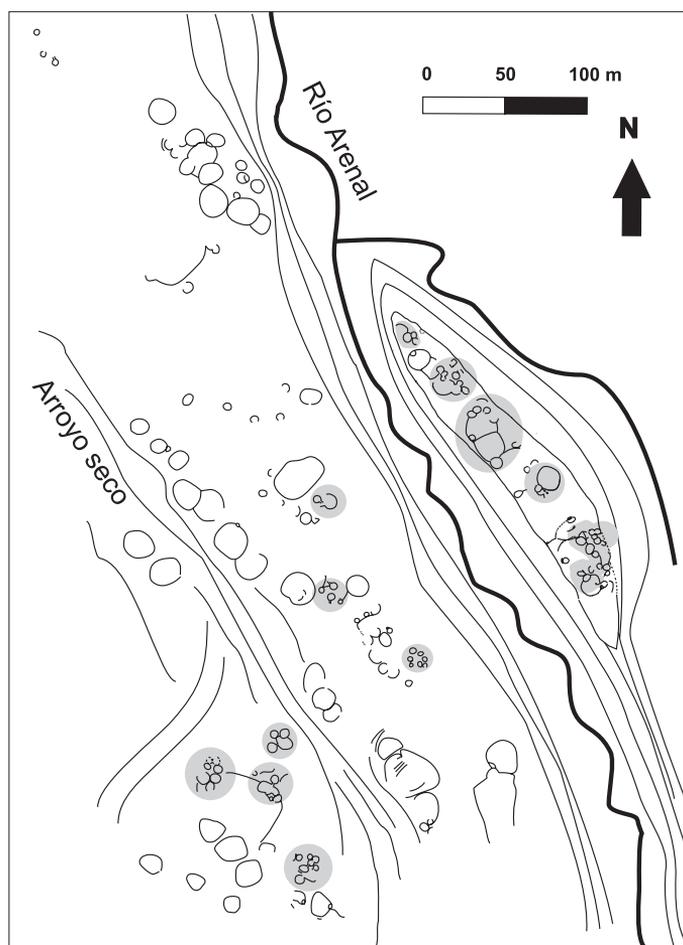


Fig. 26. Ingenio del Arenal-Faldas del Cerro (relevamiento y dibujo: Marisa Lazzari y Lucas Pereyra Domingorena; modificado por María Cristina Scattolin).

una cierta categoría social en relación con un orden sexual, genealógico, generacional y/o espacial. Los postes esculpidos se manifestaron, con fuerte impacto visual, en el espacio comunal colectivo de la unidad doméstica, familia, linaje, clan o grupo de parentesco, y contribuyeron, de este modo, a instituir los principios que fundaron diferencias de estatus entre diferentes segmentos sociales, es decir, las jerarquías de los segmentos de linajes. Sus posiciones en un espacio cargado de significaciones —y categorizados según dimensiones tales como masculino/femenino, humano/animal, alto/bajo, oeste/este, arriba/abajo, recto/curvo, superior/intermedio/inferior, derecha/izquierda, celeste/terrestre, *urcoluma*, *hanan/hurin* o cualesquiera otras— implican la existencia de «un mundo de objetos» que llenaron de significado la acción de cualquier persona, desde su más temprana enculturación, mediante la inculcación silenciosa de los mismos principios que regían ese mundo.

Es posible que las distinciones genealógicas, sexuales y generacionales —expresadas en monolitos geométricos y figurativos, personajes femeninos, masculinos, animales, entre otros— fueran aprovechadas como los vectores principales para proyectar la estructura de relaciones sociales, económicas y simbólicas sobre las prácticas mundanas o extraordinarias de intercambio de bienes y mujeres, de un modo en el que el espacio, el parentesco generacional, la invocación de antigüedad de linaje y el sexo se imbricaban uno en otro en la construcción jerarquizada de esos segmentos sociales.

En resumen, las unidades domésticas muestran un amplio rango de variación: simples, aisladas, congregadas, dispersas, de planta ortogonal, circular o trapezoidal. Estas distintas configuraciones de los asentamientos

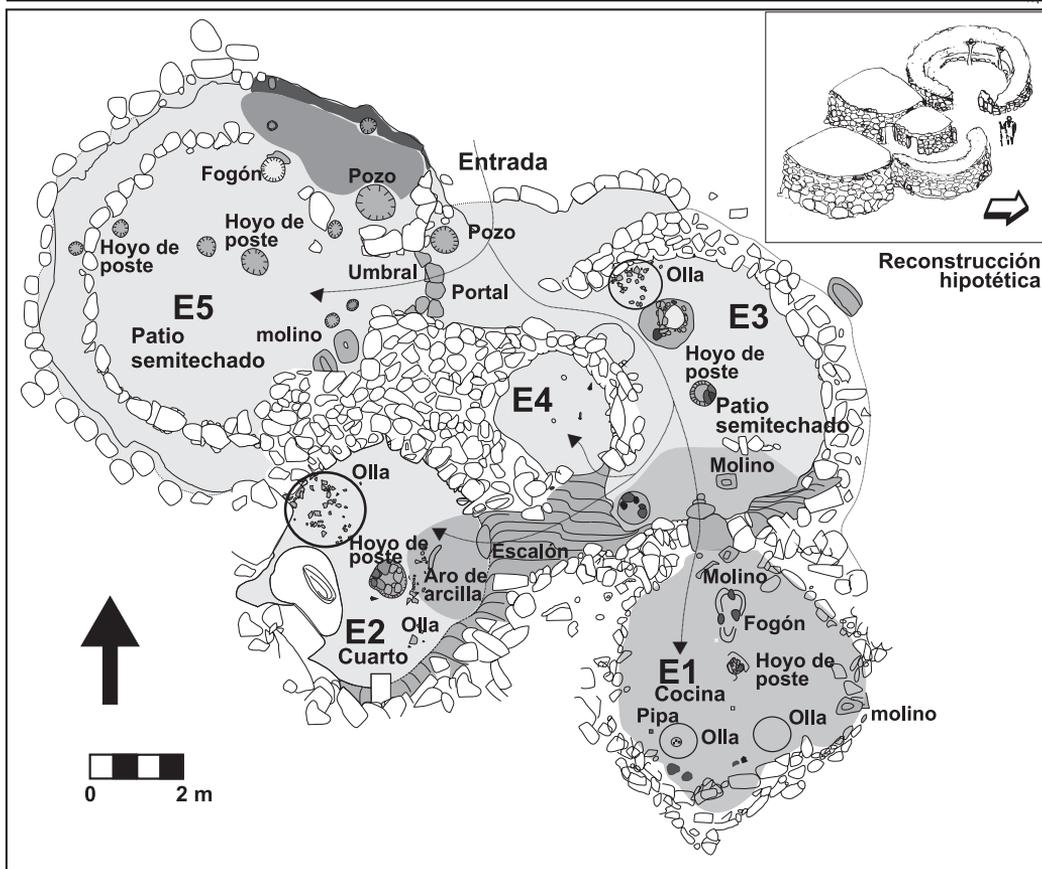
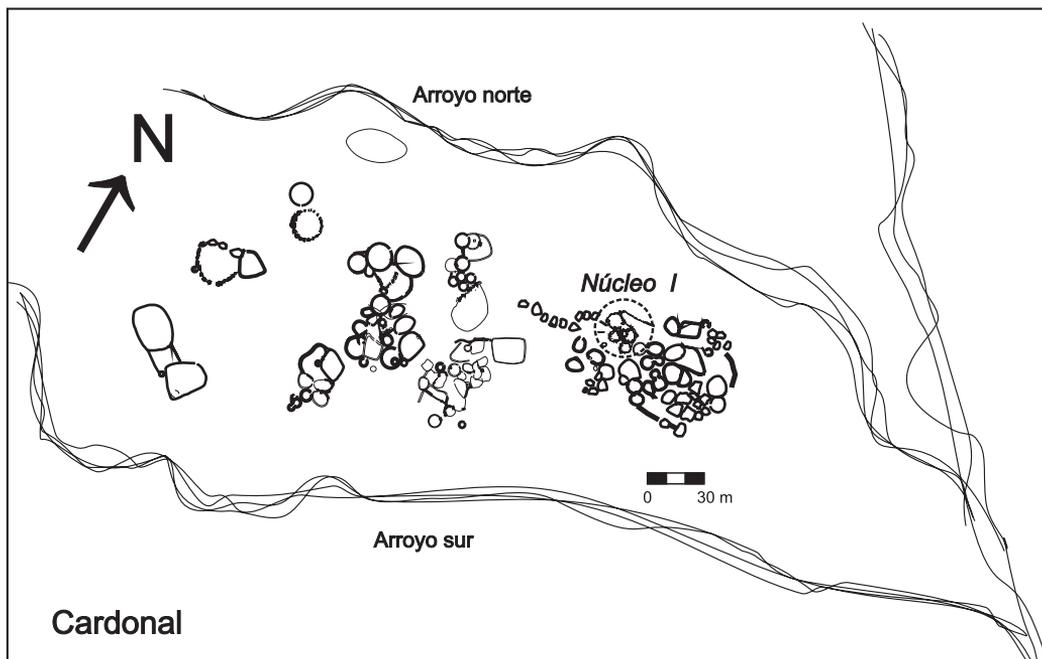
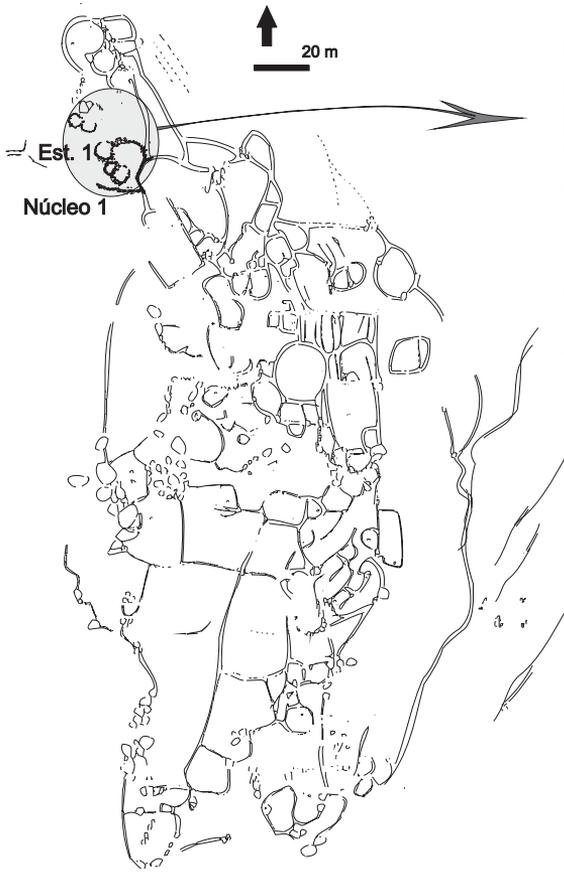


Fig. 27. Cardonal. Núcleo habitacional 1 (dibujo: María Cristina Scattolin).



### Estructura 1

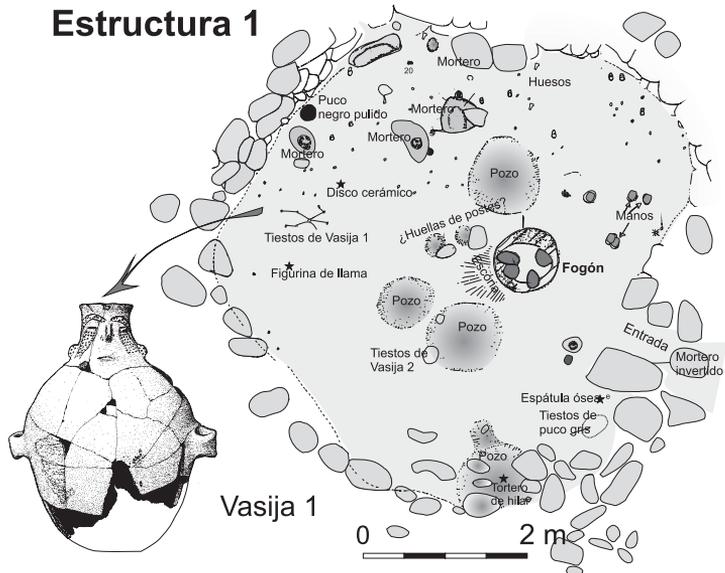


Fig. 28. Yutopian. Izquierda: plano del sitio (dibujo: María Cristina Scattolin); derecha: foto y planta de la Estructura 1 del Núcleo 1 (foto: Joan Margaret Gero; dibujo de planta: Joan Margaret Gero y María Cristina Scattolin).

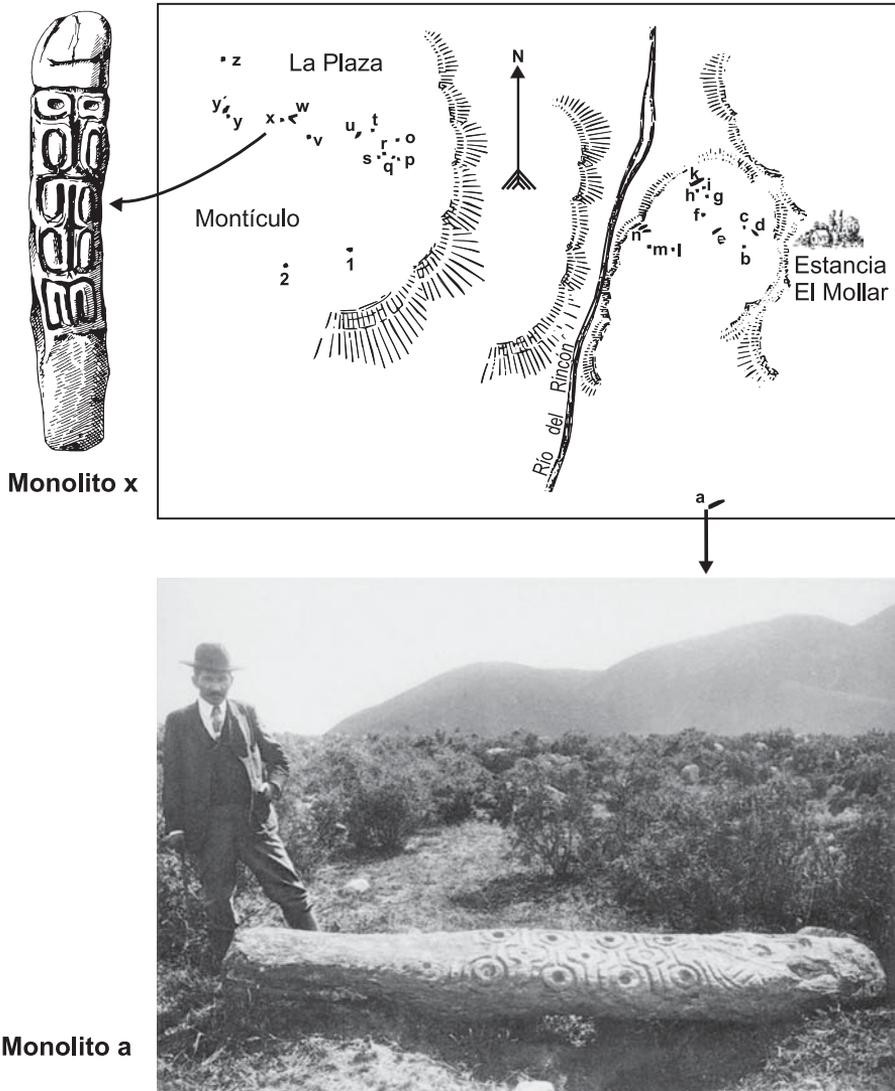


Fig. 29. Localización de monolitos alrededor del montículo de El Mollar (dibujo y foto tomados de Bruch 1911: 5, 9 y lám. III: fig. 2).

parecen reflejar la naturaleza multicultural e imbricada de la primera colonización aldeana. Las moradas se localizaban cerca de sus terrenos productivos, corrales y fuentes de agua. Sus áreas funerarias pueden aparecer por debajo de los pisos de las viviendas, en la base de los montículos, en los patios, en urnas o en la misma tierra, y aun en cementerios cercanos o apartados de las residencias (Cortés 2005). La gran variedad de formas de entierro refuerza la posibilidad de etnicidad entremezclada de los grupos. Además, las formas de diferenciación social eran sostenidas por ordenaciones espacio-temporales con valencias desiguales basadas en criterios de parentesco, antigüedad generacional, legitimidad genealógica y diferenciaciones sexuales.

### 3. La domesticación agraria del paisaje

Al pasar a la siguiente fase, Bañado (450-600 d.C.), los sitios agrícolas se hicieron visibles en las laderas aluviales y fondos de los valles, y conformaron extensas áreas de paisaje modificado. Las fechas terminales

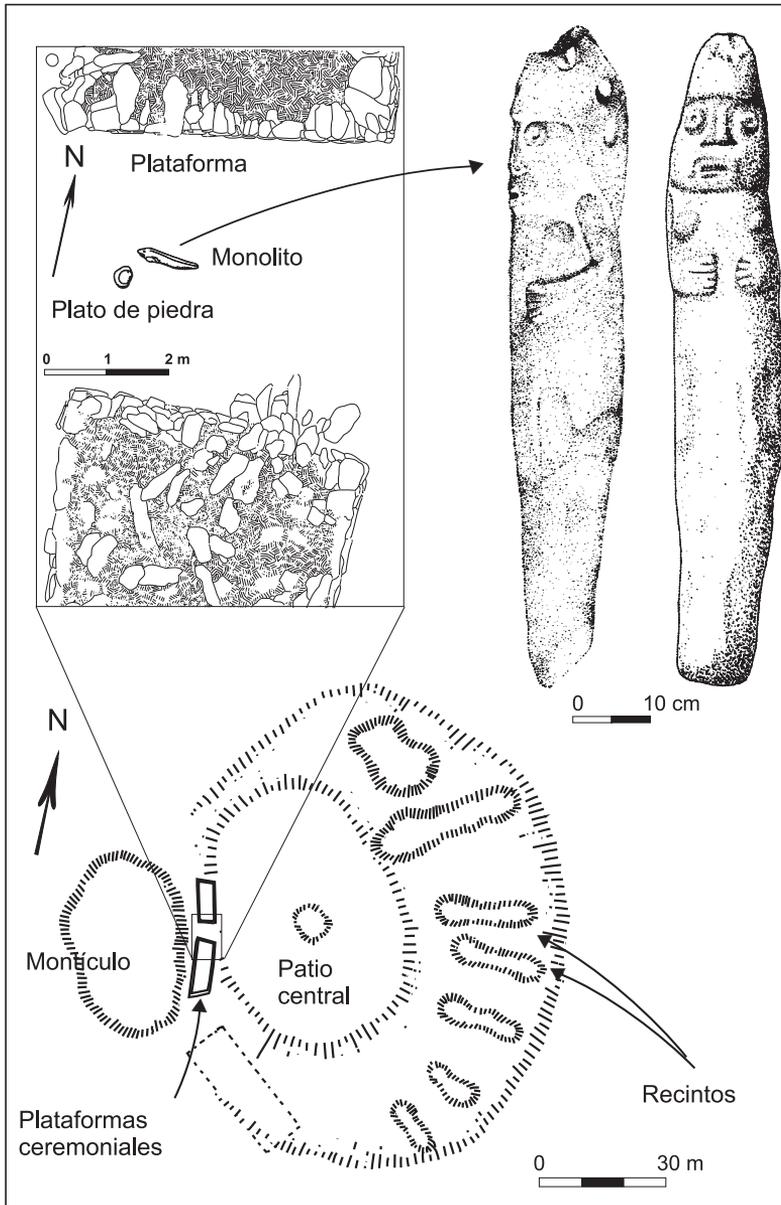


Fig. 30. Sitio de Alamito (dibujo tomado de Núñez Regueiro 1998: 63, 83 y modificado por María Cristina Scattolin).

de la fase refieren la aparición y desaparición de ciertos atributos cerámicos y no la real duración de la prolongada faena de labrado del paisaje agrario que se menciona, por lo que se advierte que esta obra de reproducción del espacio tuvo, en realidad, un comienzo más temprano y una finalización más reciente que lo que indican esas fechas de referencia. De esta manera, hay que resaltar la larga duración que habría tenido ese persistente cultivo del espacio, cuyo producto material dependió de la continua reproducción de las relaciones sociales aldeanas (Quesada 2005).

Enormes superficies fueron virtualmente «domesticadas» (Haber 1999: 183) por la mano humana mediante la erección de muros de contención, paredes perimetrales de lotes de tierra, limpieza y despedregado de superficies escabrosas, nivelación de faldeos, construcción de redes de riego y laboreo continuo de los terrenos. Prueba de ello son los numerosos conos aluviales cubiertos con los restos de tales trabajos en las

laderas de los valles y bolsones semiáridos. Entre los canchones se disponen las viviendas, distantes varias decenas de metros unas de otras, conformando caseríos dispersos en el patrón típico de estancias o fincas.

En Caspinchango-El Ciénago, un extenso sitio con estructuras agrarias y residenciales, se excavó una vivienda doméstica, la Unidad 1. Este núcleo de habitación, ubicado entre sus bancales de cultivo, está compuesto por cuatro cuartos semisubterráneos. La construcción de las paredes es robusta y con una leve inclinación hacia el interior. El Ciénago se destaca como un extenso sitio agrícola: despedregados, canchones y muros contenedores parecen demostrar un prolongado uso del conoide superior para las labores del campo (Cigliano [dir.] 1960). Muy cerca de Amaicha, varios sitios tienen un patrón semejante: Ampimpa, El Remate (Aschero y Ribotta 2007) y Bajo Los Cardones (Pastor y Rivero 2004).

Más al sur, los sitios de la falda occidental del Aconquija, como Loma Alta (Scattolin 1990), se ocupaban de manera similar en esta fase. Los fechados, desde 1600 ± 120 a.p. hasta 700 ± 50 a.p. (sin calibrar), demuestran que este modelo de ocupación se prolonga aquí bastante tiempo, es decir, que la zona tuvo este patrón hasta mucho después, cuando ya las poblaciones en varios valles habían empezado a concentrarse en grandes poblados conglomerados, y es recién entonces que se le puede aplicar el término «rural» por oposición a la nueva modalidad concentrada.

Aunque los rastros materiales sean menos evidentes por carecer de paredes de piedra bien preservadas, la llanura aluvial casi plana en el fondo del valle de Santa María también debió ser objeto de un continuo labrado. De allí se conoce un asentamiento residencial en El Bañado —el que da su nombre a la fase— con arquitectura de piedra y barro, y habitaciones de planta rectangular que corresponden, según sus excavadores, a un sitio «típicamente La Candelaria» en referencia a la cerámica asociada (Pelissero y Difrieri 1981: 63). Por debajo de sus pisos se encontraron enterramientos en grandes urnas ovoides que contenían restos humanos y vasijas. Estos materiales cerámicos, de estilo Candelaria, se han vinculado tradicionalmente con las yungas, pero se encuentran dispersos también en el valle de Tafí, el valle del Cajón, Laguna Blanca y la puna de Salta y Catamarca. Durante la fase Bañado se usó allí cerámica gris lisa, gris incisa y roja pulida de buena factura y variada morfología, pero uno de los recipientes más habituales en las tumbas son las jarras de simetría dorsoventral y cuello-vertedero u oblicuo (Scattolin 2006b).

En los valles de Tafí, Anfama y La Ciénega se han excavado varios núcleos residenciales de esta fase. Presentan robustas paredes de piedra y sus unidades domésticas comprenden recintos de habitación de planta circular comunicados con su gran patio central circular, donde se efectuaban diversas actividades domésticas y donde algunas líneas de piedra separan diversos sectores que abarcan, incluso, un área de tumbas de forma cilíndrica y de paredes de piedra por debajo del piso (Berberían 1989: 90). También se usaban postes líticos como emblemas al frente de las viviendas y las tumbas cavadas debajo del piso de los patios habrían permitido retener la memoria de los antepasados y reafirmar el arraigo, identidad y continuidad de cada segmento de parentesco (Krapovickas 1968; Berberían [dir.] 1989; Haber 1999).

Aun en la puna se hallan sitios con patrón similar, como en las localidades muy conocidas de Laguna Blanca y Tebenquiche (Delfino 1999; Haber 1999). Pero en lugares donde el suelo carece de cubierta pedregosa y el ambiente es algo más húmedo, las áreas de cultivo no aparecen cercadas con muros de piedra, aunque se mantiene, de todos modos, el patrón de estancias o caseríos dispersos. Ello ocurre, por ejemplo, en ciertos sectores del valle de Ambato, al sureste de Santa María, y en la zona de La Candelaria (Heredia 1974; Laguens 2006: 212; Fig. 31).

La reproducción prolongada de las relaciones sociales en el espacio agrario tuvo que incluir acciones y relaciones de dominio, potestad sobre terrenos, delimitación de parcelas, división del múltiplo —sobre todo en momentos de sucesión y de herencia—, congregación de personal para ejecutar obras y división de labores —ocasiones favorables para afianzar alianzas—, asignación de turnos de control y distribución de agua y riego, inauguración de ciclos, apertura de labores, organización de los tiempos —oportunidades especiales para la celebración y el rito—, así como designación y delegación de funciones. Todas estas prácticas generaban derechos y deberes, activaron las posiciones sociales mutuamente relativas y, con ello, la movilización de toda clase de significaciones sociales y simbólicas. La textura acumulativa de los rastros materiales vigentes, monótonos y repetitivos, sugiere, precisamente, que fueron un engranaje primordial de la estructuración social que se engendraba en el seno de las sociedades aldeanas.

Sin embargo, el carácter repetitivo y redundante de la arquitectura de apariencia inmutable que generó estas prácticas agrarias no debe hacer olvidar que su sistema, aparentemente indiferenciado y autosuficiente,

no era cerrado; por el contrario, el microcosmos campesino se insertaba en un universo articulado e interdependiente, un espacio global en el que circularon bienes, materias primas y artefactos, como obsidiana (Yacobaccio *et al.* 2004; Lazzari 2006), sal, cueros, hilo y tejidos finos de vicuña originarios de la puna (Haber 1999), cebil, recipientes de caracolas para contenerlo y vasijas de cerámica procedentes de las yungas (Pérez Gollán y Gordillo 1994), pero también, y sobre todo, personas que se trasladaban desde puntos distantes, desde el Chaco a la puna y viceversa, lo que motivaba el encuentro, la confluencia espacio-temporal y la concurrencia de individuos procedentes de ámbitos y trayectorias sociales e históricas independientes, con hábitos y costumbres diferenciados, lo que introdujo desfases, la oportunidad para la coyuntura, el acontecimiento y, en suma, la temporalidad.

#### 4. La ordenación aldeana

Con el final de la fase Colalao (650-900 d.C.) se presenta uno de los primeros ejemplos de asentamientos conglomerados en Santa María. Se trata del sitio Morro de las Espinillas, fechado en los siglos IX y X (Scattolin 2003). Sus primeros excavadores se sorprendieron al encontrar una rara conjunción de una arquitectura similar a la de los poblados conglomerados del Periodo de Desarrollos Regionales con una cerámica tipológicamente atribuible a lo que, en ese entonces, se consideraba el Periodo Medio o Temprano (Cigliano [dir.] 1960).

Morro de las Espinillas comprende construcciones sobre una terraza alargada, de unos 15 metros de alto, ubicada a la vera del río Pajanguillo. Ocupa 0,6 hectáreas, aunque su actual extensión es menor a la original debido a desmoronamientos ocurridos en su borde oriental que han destruido parte del sitio. En esta media hectárea remanente hay unas 30 estructuras de planta cuadrangular, agrupadas por conjuntos, de los que algunos están intercomunicados. El asentamiento se halla cercado por una valla perimetral de piedra y tiene un acceso restringido (Fig. 32). Hay un único lugar por donde entrar al área habitacional que está rodeada por el muro. La entrada se ubica en el sur y discurre a través de un trayecto sinuoso que sorteja varios muros, mientras que el acceso al área de mayor concentración de recintos se alcanza luego de traspasar dos espacios abiertos. El conjunto de los artefactos hallados, tanto en superficie como en capas, se compone de desechos domésticos. Se trata de una aldea pequeña, pero concentrada, constituida por unidades domésticas y otras estructuras —algunas de mayores dimensiones, como espacios abiertos y rutas de circulación—, cuyos sectores de producción agraria podrían ser los canchones de cultivo y corrales que se encuentran a unos cientos de metros al este, en Pajanguillo Medio y Alto (Cigliano [dir.] 1960; Scattolin 2003).

El asentamiento representa un espacio residencial separado de la producción, lo que sugiere una inversión en arquitectura comunitaria, un lugar de habitación articulado espacialmente por relaciones de interacción social concentrada. Al parecer, la restricción y la separación permitieron ejercer control de los propios recursos humanos al interior del espacio construido y hacia el exterior. Se puede decir, entonces, que las primeras aldeas conglomeradas ya se habían establecido en Santa María hacia 900 d.C. y algunas de ellas no contienen cerámica santamariana, ni tampoco la típica cerámica de estilo La Aguada, con su iconografía de motivos felínicos. No obstante, al mismo tiempo, la cerámica figurativa de estilo La Aguada se imponía extensamente en Hualfín y Ambato.

La alfarería propia de Morro de las Espinillas comprende un conjunto funcionalmente bastante completo que incluye enseres de cocción, elaboración, almacenamiento, transferencia y vajilla de servicio. La proporción entre tiestos de pastas ordinarias (ollas o *huirquis*) y finas (tinajas, cántaros, escudillas y platos) es pareja (50%/50%) y resulta diferente de la que aparece en algunos asentamientos vecinos dispersos, de la misma época o más antiguos, donde la proporción de alfarería ordinaria es bastante mayor. La vajilla de servicio presenta decoración geométrica, ya sea pintada o incisa. No hay ningún hallazgo con decoración figurativa. La manufactura alfarera tiende a despojar sus productos de su contenido figurativo y directamente referencial, y a dotarse de atributos sin alusiones directas a personajes, efigies o animales en la decoración, algo que la diferencia de la cerámica contemporánea de estilo La Aguada (Scattolin 2003).

El conjunto cerámico de Morro de las Espinillas es estilísticamente variable, no se presta a categorizaciones cómodas dentro de clasificaciones previas, reúne rasgos estilísticos que se habían adjudicado a diferentes

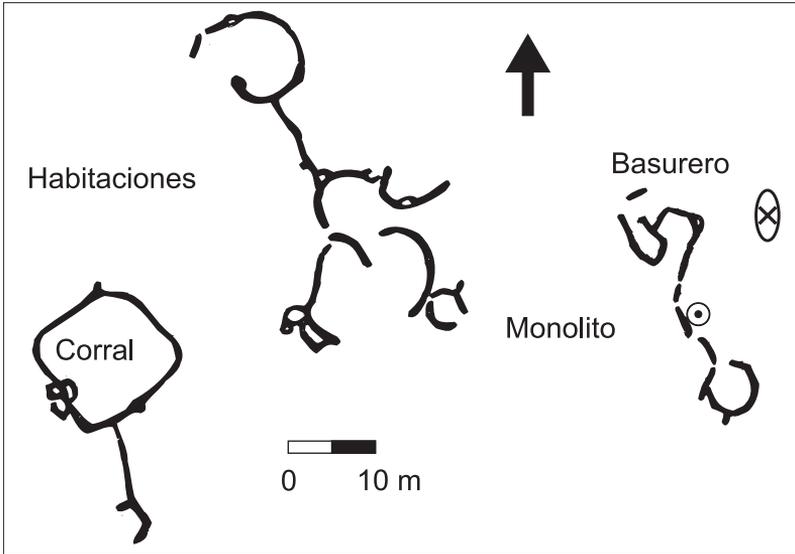


Fig. 31. San Pedro de Colalao. Ejemplo de vivienda dispersa (dibujo tomado de Heredia 1969: 99).

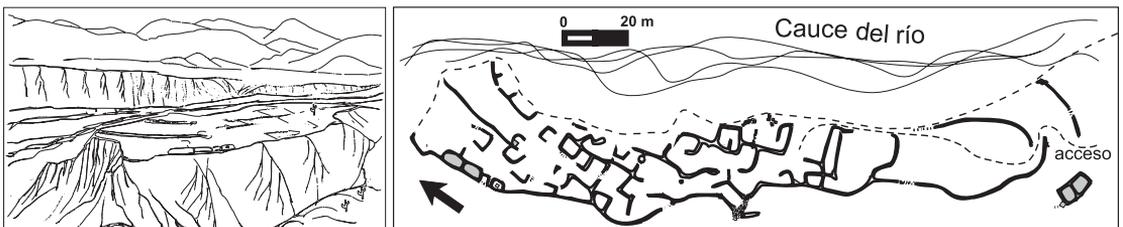


Fig. 32. El sitio de Morro de las Espinillas (foto y dibujo: María Cristina Scattolin).

áreas culturales (Valliserrana, Selvas Occidentales o el Chaco) y no porta motivos de felinos, cabezas-trofeo o imágenes del Sacrificador. Esta circunstancia no avala efectos integradores originarios de Ambato-Hualfin causados por el fenómeno Aguada y da mayor sustento a la hipótesis de trayectorias divergentes en la cultura material en el valle de Santa María y alrededores, algo más acorde con un modelo de multiesferas de interacción durante la última parte del Periodo Formativo (Tarragó 1989), al contrario de lo que establecería un uso rígido y unidireccional del modelo cronológico-cultural corriente en la provincia de Catamarca, donde el paso por un estadio de la fase La Aguada es una expectativa casi inexorable.

Por sus características morfológico-funcionales, es posible que las tinajas de Morro de las Espinillas, sobre todo las no decoradas, sirvieran para almacenamiento, maceración de sustancias, elaboración de bebidas y transferencia de líquidos. En cambio, las que han tenido inversión de trabajo en su decoración y acabado pudieron haber cumplido funciones de servicio de bebidas en contextos en los que la exhibición visual fue oportuna o ventajosa (Fig. 33). Esta diversidad y proporción de tinajas no aparece en contextos cerámicos anteriores de la fase Bañado, como los encontrados en las fincas y estancias vecinas de la falda occidental del Aconquija. Sin embargo, este uso de tinajas con buen acabado era compartido al mismo tiempo con otros grupos contemporáneos. Grandes tinajas decoradas, de estilo Ambato Tricolor o Cortaderas Polícromo, y otras de pasta ordinaria han sido encontradas en el sitio ceremonial de La Rinconada de Ambato asociadas a contextos de elaboración y almacenamiento de bebidas. Una proliferación de estas formas de tinajas y cántaros, junto con escudillas y tazones decorados en ciertos sitios de distintos valles parece indicar que, en ese momento, hubo un incremento del uso de bebidas en contextos de consumo colectivo y celebraciones festivas (Fig. 34). Dicho de otra forma, la «economía estética» de la cerámica se había transformado y, en el transcurso de varios siglos, el impulso de estilización de la manufactura alfarera había sufrido un desvío desde los vasos votivos hacia la vajilla de servicio. En palabras de Gombrich (2003: 10), el «nicho ecológico» ideal para las imágenes, la estilización estética, el despliegue decorativo y la manufactura depurada no solo lo constituía el vaso votivo de las mesas de culto y altares, sino también la vajilla para las mesas de comensales. El consumo del estilo había cambiado (Fig. 35).

Morro de las Espinillas no es la única aldea aglomerada de los siglos IX y X. En el mismo valle de Santa María, Morro del Fraile, un poblado conglomerado con más de 70 estructuras «sobre las crestas del cerro», presenta también cerámica no figurativa del estilo La Aguada (Nastri *et al.* e.p.). En la misma época, hacia el norte, el sitio Molinos I, en el valle Calchaquí, se conforma de un asentamiento aglutinado con más de 100 estructuras, también contemporáneo con La Rinconada y Piedras Blancas. Aunque «el asentamiento es estructuralmente muy similar a los de la ocupación Santamariana», presenta cerámica considerada de la transición a los Desarrollos Regionales (Baldini 1992; Fig. 36).

En los siglos IX y X, Rincón Chico y Pichao presentan como componente más antiguo la cerámica de estilo santamariano (Cornell y Johansson 1993; Tarragó *et al.* 1997). En estos dos lugares se establecerán, más tarde, los grandes poblados aglomerados y defensivos típicos del Periodo de Desarrollos Regionales que durarán hasta la expansión inka y la invasión española. Algo parecido ocurrirá más al norte, en la Quebrada de Humahuaca, donde hubo una gran concentración de población en sus pueblos y pukarás (Nielsen 1996). Mientras tanto, en el valle de Tafí, también hacia los siglos IX y X, ya hacía tiempo que no funcionaba más su montículo ceremonial, pero se detecta una creciente tendencia a la concentración aldeana, aunque sin separación completa entre el poblado y el espacio de producción (Berberían [dir.] 1989). Otro sitio de esta época es El Remate, con grandes núcleos residenciales y un diseño complejo de sus terrenos de cultivo (Aschero y Ribotta 2007).

Hacia el oeste, en la puna, en Antofagasta de la Sierra, se presentan ocupaciones en el abrigo rocoso Real Grande, un puesto de caza y pastoreo de altura, y también en Punta de la Peña 4 y Cueva Cacao 1, que conforman puestos agropastoriles de extensión reducida. Asimismo, se ha observado una «relativa recurrencia» en el uso del espacio intrasitio e intersitio, lo que «implicaría una explotación especializada del espacio» en esta región de la puna (Olivera y Nasti 1994). En la localidad de Tebenquiche se estructuraron y florecieron los «oasis» agrícolas y pastoriles de la puna (Haber 1999).

Los sitios en Ambato que contienen la característica cerámica de estilo La Aguada, con su rica imagería felínica, vinculados a estructuras tipo montículo y plazuelas, se ocupaban durante esta época, como en el caso de La Rinconada, Piedras Blancas, Bordo de los Indios o Huallumil. De Ambato proviene una gran cantidad de escudillas y vasos negros grabados de excelente factura y profusa decoración, así como grandes

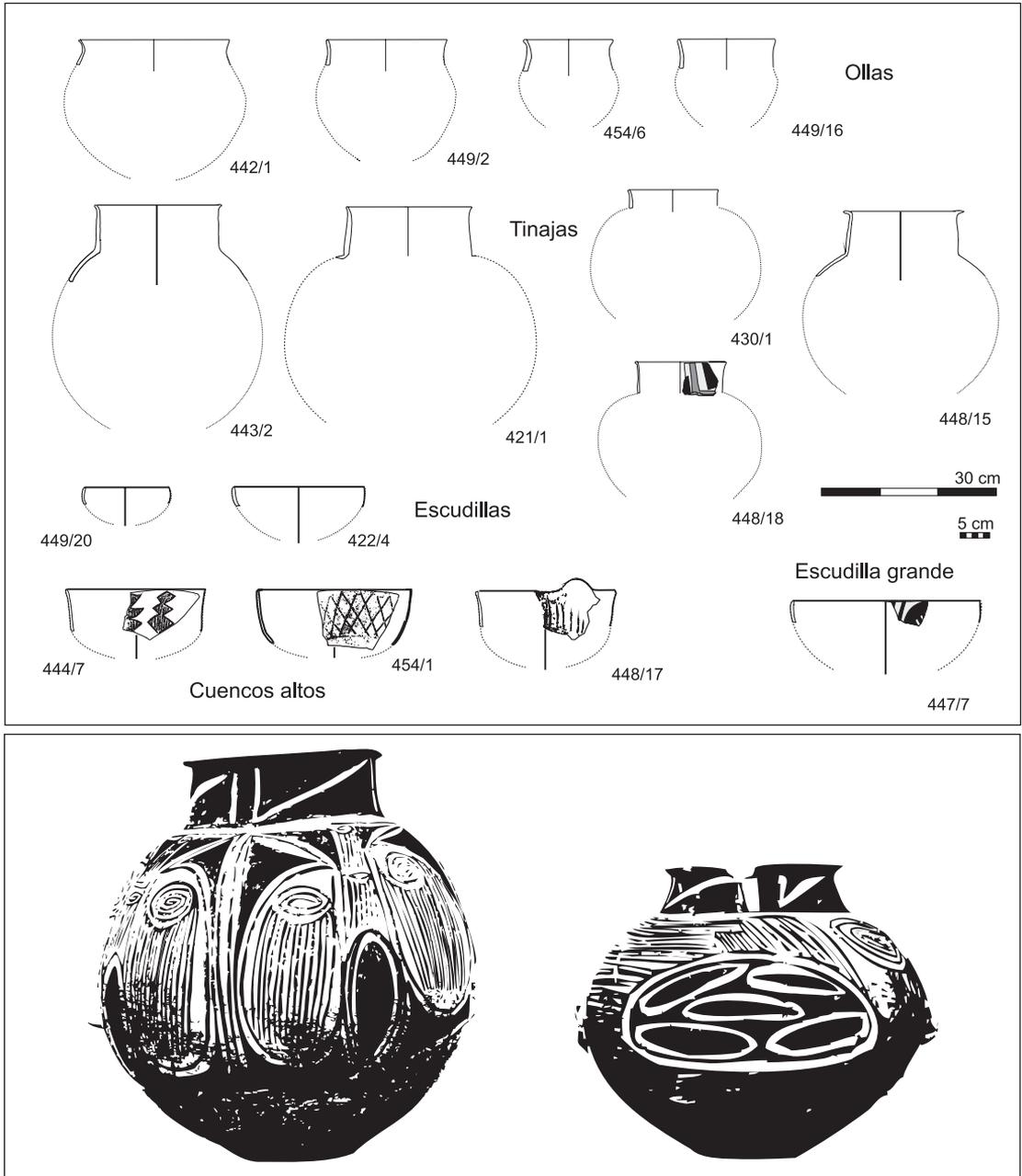


Fig. 33. Arriba: alfarería de Morro de las Espinillas; abajo: dos tinajas pintadas de época contemporánea (dibujo: María Cristina Scattolin).

tinajas pintadas en varios colores que habrían sido destinadas a la producción y almacenaje de bebidas fermentadas (Gordillo 2004). Algo más al sur, del sitio Choya 68, un gran montículo artificial, proceden también grandes vasijas profusamente decoradas en el estilo denominado Aguada-Portezuelo (Baldini *et al.* 2002).

En síntesis, entre los siglos IX y X, las poblaciones prehispánicas contaban con una amplia gama de medios estilísticos y de diseño para seleccionar rasgos, optar por motivos, expresarse simbólicamente y, en resumen, combinar de manera creativa para la conformación de sus recipientes. Al final del primer milenio



Fig. 34. Izquierda: grandes tinajas para producir bebidas fermentadas en un recinto-cervecería del sitio de La Rinconada; centro: tinajas estilo Ambato Tricolor o Cortaderas; derecha: tinaja de Chaquiago (fotos tomadas de Gordillo 2004: lám. XX).

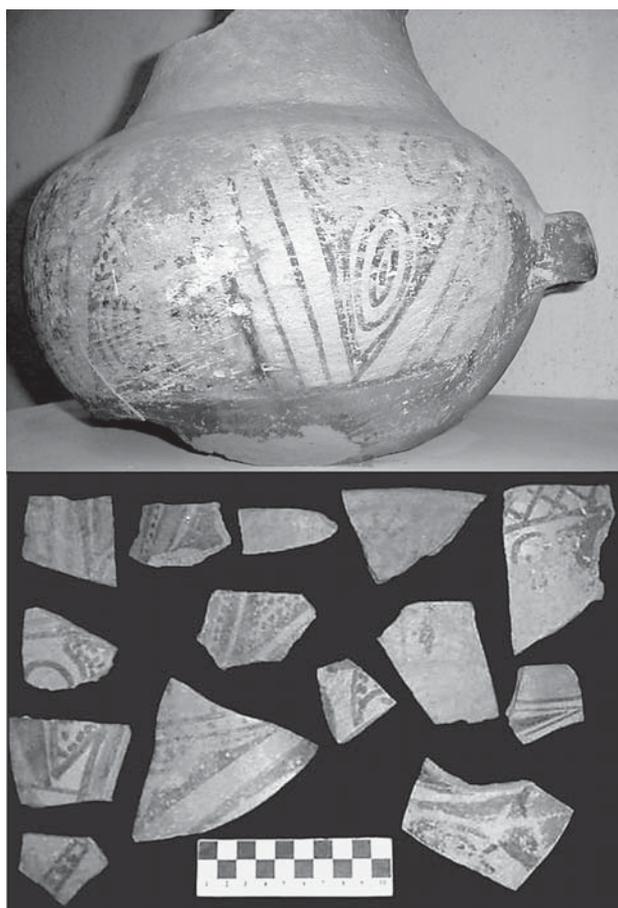


Fig. 35. Estilo Guachipas Polícromo, de fines del primer milenio d.C. Arriba: tinaja de Quilmes; abajo: tuestos de Tolombón (fotos: María Cristina Scattolin).



Fig. 36. El sitio de Molinos I, en el valle Calchaquí (dibujo tomado de Baldini 1992: 67).

se advierte una mayor muestra de estética en la vajilla de servicio, cuencos, escudillas, jarros de beber y grandes cántaros. La manufactura cerámica había logrado arcillas bien cocidas, paredes delgadas y duras, la estabilización de algunas formas, la aplicación de incisión en pastas casi secas y el empleo diestro de colores. La generalización de estos atributos podría ser efecto de una mejora en las técnicas de manufactura cerámica por toda la región.

A medida que se llenaron los vacíos, se estabilizaron una variedad de modos de ocupación del espacio y se configuraron modalidades de apropiación del paisaje que abarcaban aldeas aglomeradas, sitios con túmulos (La Rinconada, Piedras Blancas y Choya 68), caseríos dispersos o semiconglomerados (El Remate, Tafi, Ambato y Tebenquiche), puestos de caza y pastoreo (Antofagasta de la Sierra) y las ocupaciones iniciales de sitios que van a tener un desarrollo posterior (Rincón Chico y Pichao). En los siglos VIII y IX d.C. se manifiesta una alta diversificación en los medios de edificación, agrupamiento y concentración del espacio construido, pero según unos pocos principios de ordenación.

## 5. Dos órdenes de diferenciación

Los atributos del paisaje edificado se pueden examinar —como los de la cerámica y otras manufacturas— como conjuntos de recursos de diseño, formales, técnicos y simbólicos a los que se puede acudir para conformar el ambiente construido según las posiciones, capacidades, disposiciones y estrategias sociales de los agentes involucrados en su construcción. Los asentamientos pueden distinguirse según localización, densidad y volumen, pero también importa reconocer sus principios de organización. Para la época en que finalizaba el Horizonte Medio en el área centro-sur andina, en el valle de Santa María y alrededores se destacan, al menos, dos modos de estructuración del espacio arquitectónico en razón de que han sido considerados, normalmente, como indicadores de jerarquización de asentamientos.

Por un lado, aquellos lugares donde la edificación se basó en la concentración de población, es decir, la colocación de efectivos humanos en un espacio habitacional concentrado y destacado, tales como Morro de las Espinillas, Molinos I y Morro del Fraile, se manifiestan objetivamente como sedes materiales de recursos ligados a la posesión de una red duradera de relaciones de conocimiento y reconocimiento o, en otros términos, de pertenencia a un grupo, es decir, de recursos sociales (una especie de «capital social») y de fuerza de trabajo (una especie de «capital económico») (Bourdieu 2000). Al parecer, Morro de las Espinillas representa la construcción de un sitio destacado, fijo, un contenedor definido, un lugar residencial como sede de interacciones sociales concentradas —con las repercusiones simbólicas que esto haya

podido acarrear—, fundado sobre un recurso de estructuración del espacio diferente al que se observa con más asiduidad más hacia el sur, en el área de los llamados centros ceremoniales aguada, en donde el espacio se destaca por medio de otros rasgos arquitectónicos sobresalientes, en particular los montículos y plataformas.

La edificación de los túmulos recurre a medios de jerarquización distintivos y se expresa en la erección o reactivación de construcciones de índole ceremonial, es decir, el empleo de medios de impacto visual y escenográfico en un espacio ceremonial señalado, tales como La Rinconada, Piedras Blancas o Choya 68. Estos edificios actuaron como sede de la práctica ritual, administración de bienes sacros y conservatorios de una cosmología («recursos de salvación» y vehículos de transmisión de información y de inculcación de la herencia cultural).

Ambos modos requieren esfuerzos corporativos, pero son esfuerzos a los que se aplican diferentes principios de inversión. En un caso se ponen en juego medios que se podrían denominar seculares, mundanos o profanos, y en el otro se invierte en recursos ceremoniales, cúltricos y sacros, pero los dos pueden ser movilizables y aptos para producir efectos simbólicos. Una vez hecha la inversión, como en toda transformación material mediante el trabajo, el paisaje queda enriquecido o «capitalizado». La obra se arraiga en el paisaje físico y se encuentra disponible para ser transmitida, heredada de generación en generación, de persona a persona y disponible para transmutarse en «capital simbólico» o, más bien, para producir «efectos simbólicos». Así, el paisaje construido se constituye en una especie de «capital» agregado, de una manera material y objetiva, como si fuera un «monumento». Además, dicho paisaje construido se incorpora a las personas en forma de capacidad para disponer del uso (ocupación), comprensión y apropiación de la obra construida.

En la medida en que el paisaje construido se desarrolla en un ámbito de competición, se conserva como un recurso acumulado activo. Por esa razón, cabe destacar que las dos formas de inversión edilicia tuvieron precedentes, es decir, los diversos medios estuvieron disponibles en una amplia extensión y no se pueden segregar fácilmente por sectores de manera categórica. Como se recordará, hubo viviendas reunidas en lugares destacados como Tesoro II, y quizá Yutopian y Cardonal, así como montículos y espacios ceremoniales en Tafi o en La Angostura. El estudio comparativo de los últimos siglos del primer milenio y los primeros del siguiente tampoco avalan el supuesto de un colapso generalizado de los lugares ceremoniales, de unas hipotéticas jefaturas instituidas y el reemplazo repentino de poblaciones. Pero fue quizá durante los siglos IX a XI que las diversas formas de inversión edilicia y de confección de objetos produjeron beneficios simbólicos diferenciados en los distintos valles y que la apropiación diferencial de estos «recursos culturales» por parte de las poblaciones puso en juego y activó sus posiciones estructurales recíprocas, y contribuyó, de esta manera, a la construcción de identidades y medios de legitimación de carácter distintivo.

En síntesis, tanto los recursos arquitectónicos y de paisaje construido como los bienes artesanales, en tanto bienes culturales apropiables, pueden ser movilizables y aptos para producir efectos simbólicos. Además, tanto el paisaje construido como los conocimientos sociotécnicos se incorporan a los agentes mismos en forma de capacidades (capital cultural incorporado, *habitus*) para disponer del uso, ocupación, comprensión y apropiación de la cultura material. De esta manera se habrían ejecutado obras edilicias y manufacturas artesanales susceptibles de ser usadas, movilizadas o reactivadas en forma de estrategias de reproducción, en particular las que involucraron la adquisición de un capital colectivo de reconocimiento que se pretendía conservar en el tiempo. A su vez, esto pudo ser movilizad y aprovechado por un representante, o varios, del colectivo social, llámese delegado, mandante, jefe, cabecilla, asamblea, junta o reunión.

Si se considera la disponibilidad de múltiples variantes de las que podían servirse los constructores y artesanos en el pasado, se puede decir que la transmisión cultural y la construcción, recuperación y reactivación de lugares y cosas pudieron haber operado según diferentes estrategias por parte de distintos agentes sociales en el transcurso del tiempo, lo que contribuyó a conformar patrones de identidad compartidos entre grupos diversos. Por esta razón, se entiende que las trayectorias de usanza tradicional y de cambio de medios estilísticos hayan tomado distintas direcciones y se hayan expresado en diversas variaciones formales elaboradas por los habitantes de la región.

El análisis del uso de objetos de cultura material —cerámica, arquitectura u otros— en el marco de las estrategias sociales generadoras de recursos de orden material y simbólico, permite considerar, desde un punto de vista alternativo, las hipótesis existentes acerca de los medios y fuerzas directrices de cambio social que hay detrás de lo que, de manera corriente, se considera el paso entre distintos periodos culturales o la conversión de unas sociedades igualitarias en unas jerárquicas, lo que puede manifestarse, menos categóricamente, como las múltiples e intrincadas trayectorias de las comunidades aldeanas iniciales del Periodo Formativo a las aldeas conglomeradas comunitarias, y luego confederadas, del Periodo de Desarrollos Regionales.

### Agradecimientos

Debo un reconocimiento especial a las personas y entidades que gentilmente me permitieron reproducir sus imágenes, fotos y dibujos. Entre estos generosos colegas e instituciones se cuentan el Ministerio de Relaciones Exteriores, Comercio Internacional y Culto de la República Argentina, el señor Matteo Goretti, presidente de la Fundación CEPPA de Buenos Aires, el señor Nicolás García Uriburu, presidente de la fundación homónima de Buenos Aires, el Laboratoire d'anthropologie sociale/fonds des archives photographiques, el Collège de France y la École des hautes études en sciences sociales de París, la Editora INTERDEA de Tucumán, la Sociedad Argentina de Antropología, el Museo de La Plata, el Museo Etnográfico de Buenos Aires y el Världskulturmuseet de Göteborg, Suecia.

### Notas

<sup>1</sup> Por eso algunos autores advierten que: «*Unless we can achieve better estimates of time, we will undoubtedly conflate countless agencies —that nexus of action, practice, choice, memory, values and emotion which constitutes human subjects— into a single, generalized model, and we will fail to appreciate the changes, rapid or gradual, in the structures —that web of rules, tradition, habits, taken-for-grantedness, and unconscious knowledge of how to go on— that human subjects inhabit and perform [...] Secondly, and rather obviously, better timescales help to establish a far more refined sense of regional difference and diversity [...] [A]gency without temporality is at best generalized*» (Whittle y Bayliss 2007: 24).

<sup>2</sup> Ciertos estudiosos interpretan a estos «suplicantes» como «[...] el doble lítico e incorruptible del ancestro tutelar, hombre-dios, bisagra entre el pasado y el presente, protector de la agricultura, creador de los campos agrícolas y de las obras de riego, colonizador del territorio y fundador de la aldea. Desde el enfoque artístico, Giancarlo Puppo (1979) describe a los suplicantes como representaciones de seres humanos en cuclillas o hincados que se toman la cabeza con las manos, y tienen el rostro siempre vuelto hacia arriba (Pérez Gollán 2000a: 22).

<sup>3</sup> Ciertas particularidades históricas de la investigación de este estilo y su divulgación escolar y museológica colaboraron en el proceso de «poner en el mapa» la arqueología del noroeste y dotar de singularidad a la prehistoria del territorio de Argentina dentro del área andina mediante la «cultura Aguada», lo que, a su vez, favoreció la reificación de la categoría («fenómeno Aguada», «lo Aguada», «Aguada es...»). Como en un libro de síntesis se ha señalado: «Precisamente en el N.O. argentino se desarrolló una formación regional que parece haber recibido importantes influencias tiwanakenses; se conoce con el nombre de Aguada. Rex González [...] dice de ella que es “la cultura de aspecto más andino del noroeste argentino”, sin embargo, es, al mismo tiempo, el desarrollo más característico de la región» (Lumbreras 1981: 244). En la práctica, el término se usa libremente como una abreviatura que corresponde a la cultura material, tiempo, espacio, etapa evolutiva, tipo cerámico, entre otros.

En la actualidad, el taxón Aguada se ha emancipado del dominio de la investigación arqueológica y ha adquirido una especie de vida propia, fuera del control del campo científico (para un ejemplo comparable,

*cf.* Burger 1993) y su utilización se ha difundido entre estudiosos aficionados y cultos de la arqueología. Su persistencia como concepto vulgarizado ha dependido de su reproducción mediante la educación formal —es decir, estatal—, la red nacional e internacional de circulación de ideas, de su valoración en la política de recursos culturales nacionales como bien aborigen emblemático, así como del propio mantenimiento de las modernas fronteras nacionales. Que este tipo de nociones sea tratado como unidad de análisis válida no es un hecho nuevo (*cf.* Trigger 1992), pero tampoco viejo, y ni siquiera adjudicable solo a campos disciplinarios sudamericanos (*cf.* Chilton 1999; Hart y Brumbach 2003). Por tanto, hay que distinguir entre su uso como noción reificada y su utilización como taxón analítico valedero (*cf.* Scattolin 2006a).

<sup>4</sup> En años recientes, González ha objetado: «Se ha negado que Aguada sea una cultura designándola como “Periodo de Integración Regional”», e insistió en que «Aguada es una cultura definitoria de un periodo, el Medio» (González 2004: 9).

<sup>5</sup> Hoy se tiene una visión similar sobre las bases cosmológicas multiculturales precursoras de las creencias de Tiwanaku (Janusek 2004).

<sup>6</sup> Es común que en las primeras etapas de cualquier prospección regional se distingan solo dos grandes periodos agroalfareros: el Periodo Formativo (c. 1000 a.C.-900 d.C.) y el de Desarrollos Regionales-Inka (900-1550 d.C.).

## REFERENCIAS

**Angiorama, C.**

1996-1998 Nuevos aportes a la cronología de Condorhuasi-Alamito, *Palimpsesto* 5, 100-105, Buenos Aires.

**Aschero, C. A. y E. Ribotta**

2007 Usos del espacio, tiempo y funebria en El Remate (Los Zazos, Amaicha del Valle, Tucumán), en: P. Arenas, B. Manasse y E. Noli (comps.), *Paisaje y procesos sociales en Tafi del Valle*, 79-94, Instituto de Arqueología de Tucumán/Escuela de Arqueología de Catamarca, San Miguel de Tucumán.

**Baldini, L.**

1992 El sitio Molinos I dentro de los esquemas de desarrollo cultural del Noroeste argentino, *Arqueología* 2, 53-68, Buenos Aires.

**Baldini, M., J. Carbonari, G. Cieza, M. E. de Feo, M. F. del Castillo, R. Huarte, A. Figini, A. R. González y J. Togo**

2002 Primer análisis de la cronología obtenida en el sitio Choya 68 (departamento de Capayán, provincia de Catamarca, Argentina), *Estudios Atacameños* 24, 71-82, San Pedro de Atacama.

**Berberián, E. (dir.)**

1989 *Sistemas de asentamiento prehispánicos en el valle de Tafi*, 2.<sup>a</sup> ed., Comechingonia, Córdoba.

**Bourdieu, P.**

2000 Las formas del capital. Capital económico, capital cultural y capital social, en: P. Bourdieu (ed.), *Poder, derecho y clases sociales* [traducción de J. M. Bernuz], 131-164, Desclée de Brouwer, Bilbao.

**Bruch, C.**

1911 Exploraciones arqueológicas en las provincias de Tucumán y Catamarca, *Revista del Museo de La Plata* 19, La Plata.

**Burger, R. L.**

1993 The Chavín Horizon: Stylistic Chimera or Socioeconomic Metamorphosis?, en: D. S. Rice (ed.), *Latin American Horizons*, 41-82, Dumbarton Oaks Research Library and Collection, Washington, D.C.

**Caria, M. A.**

2004 Cronología absoluta de los sitios Acequia y Ticucho 1 (Trancas-Tucumán-Argentina), *Resúmenes precirculados del XV Congreso Nacional de Arqueología Argentina, 20-25 de septiembre de 2004*, pág. 312, Río Cuarto.

**Chilton, E.**

1999 One Size fits All: Typologies and Alternatives for Ceramic Research, en: E. Chilton (ed.), *Material Meanings: Critical Approaches to the Interpretation of Material Culture*, 44-60, The University of Utah Press, Salt Lake City.

**Cigliano, E. M. (dir.)**

1960 *Investigaciones arqueológicas en el valle de Santa María*, Publicación N.º 4 del Instituto de Antropología, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional del Litoral, Rosario.

**Cigliano, E. M., R. Raffino y H. Calandra**

1976 La aldea formativa de Las Cuevas (provincia de Salta), *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 10, 73-130, Buenos Aires.

**Cornell, P. y N. Johansson**

1993 Desarrollo del asentamiento del sitio StucTav 5 (Pichao), provincia de Tucumán. Comentarios sobre dataciones de <sup>14</sup>C y luminiscencia, *Publicaciones del Instituto de Arqueología* 2, 31-43, San Miguel de Tucumán.

**Cortés, L. I.**

2005 Contextos funerarios del Periodo Formativo: aportes desde una comparación entre los valles y las yungas, tesis de licenciatura, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

**Delfino, D.**

1999 Prospecciones en los 90': nuevas evidencias para repensar la arqueología de Laguna Blanca (departamento Belén, Catamarca), *Revista de Ciencia y Técnica* 7, 55-80, Catamarca.

**Dougherty, B.**

1975 Nuevos aportes al conocimiento del complejo arqueológico San Francisco (sector septentrional de la región de las Selvas Occidentales, subárea del Noroeste argentino), tesis de doctorado, Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de La Plata, La Plata.

**Duviols, P.**

1979 Un symbolisme de l'occupation, de l'aménagement et de l'exploitation de l'espace: Le monolithe 'huanca' et sa fonction dans les Andes préhispaniques, *L'Homme* 29 (2), 7-31, Paris.

**Fernández, J.**

1988-1989 Ocupaciones alfareras (2860 ± 160 años a.p.) en la cueva de San Cristóbal (puna de Jujuy, Argentina), *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 17 (2), 139-178, Buenos Aires.

**Fernández Distel, A.**

1994 Noticia sobre el sitio arqueológico de Abra de Los Morteros y otros lugares de valor prehistórico en la región de Santa Bárbara (Jujuy, República Argentina), en: M. A. Albeck (ed.), *De costa a selva: producción e intercambio entre los pueblos agroalfareros de los Andes centro-sur*, 255-300, Instituto Interdisciplinario Tilcara, Universidad Nacional de Buenos Aires, Tilcara.

**García, L.**

1988 Las ocupaciones cerámicas tempranas en cuevas y aleros en la puna de Jujuy, Argentina: Inca Cueva Alero 1, *Paleoetnológica* 5, 179-180, Buenos Aires.

**García Azcárate, J.**

1996 Monolitos-huancas: un intento de explicación de las piedras de Tafi (República Argentina), *Chungara* 28 (10), 159-174, Arica.

**Gombrich, E. H.**

2003 *Los usos de las imágenes: estudios sobre la función social del arte y la comunicación visual*, Fondo de Cultura Económica, México, D.F.

**González, A. R.**

1992 *Las placas metálicas de los Andes del Sur. Contribución al estudio de las religiones precolombinas*, Materialien zur Allgemeinen und Vergleichenden Archäologie 46, Philip von Zabern, Mainz am Rhein.

1998 *Arte precolombino. Cultura La Aguada. Arqueología y diseños*, Filmediciones Valero, Buenos Aires.

2004 La arqueología del Noroeste argentino y las culturas formativas de la cuenca del Titicaca, *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 29, 7-38, Buenos Aires.

**González, A. R. y F. de Zuviria**

1999 *Catálogo Fundación Nicolás García Uriburu. Arte precolombino*, Artes Gráficas Ronor, Buenos Aires.

**González, A. R. y H. Lagiglia**

1973 Registro nacional de fechados radiocarbónicos: necesidad de su creación, *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 7, 291-312, Buenos Aires.

**González, A. R. y V. A. Núñez Regueiro**

1962 Preliminary Report on Archaeological Research in Tafi del Valle, N. W. Argentina, en: *Akten des 34. Internationalen Amerikanisten Kongress*, 18-25, Wien.

**Gordillo, I.**

2004 Organización socioespacial y religión en la arqueología de Ambato: el sitio ceremonial de La Rinconada, tesis de doctorado, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

**Goretti, M. (ed.)**

2006 *Tesoros precolombinos del Noroeste argentino*, Fundación Centro de Estudios para Políticas Públicas Aplicadas (CEPPA), Buenos Aires.

**Haber, A.**

1999 Una arqueología de los oasis puneños. Domesticidad, interacción e identidad en Antofalla, primer y segundo milenios d.C., tesis de doctorado, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

- Hart, J. P. y H. J. Brumbach**  
2003 The Death of Owasco, *American Antiquity* 68 (4), 37-752, Washington, D.C.
- Heredia, O. R.**  
1969 Excavaciones arqueológicas en San Pedro de Colalao, departamento Trancas, provincia de Tucumán, *Anales de Arqueología y Etnología* 23, 95-123, Mendoza.  
1974 Investigaciones arqueológicas en el sector meridional de las Selvas Occidentales, *Revista del Instituto de Antropología* 5, 73-132, Córdoba.
- Heredia, O. R., J. A. Pérez y A. R. González**  
1974 Antigüedad de la cerámica policroma en el Noroeste argentino, *Revista del Instituto de Antropología* 5, 133-151, Córdoba.
- Janusek, J. W.**  
2004 Tiwanaku and its Precursors: Recent Research and Emerging Perspectives, *Journal of Archaeological Research* 12 (2), 121-183, New York.
- Korpisaari, A. y M. Pärssinen**  
2004 South Central Andean Cultural Heritage Project of the University of Helsinki, University of Helsinki, Helsinki. <<http://www.helsinki.fi/hum/ibero/research/andes>>.  
2005 *Pariti: isla, misterio y poder. El tesoro cerámico de la cultura Tiwanaku*, Embajada de Finlandia, La Paz.
- Krapovickas, P.**  
1968 Arqueología de Alto de Medina, provincia de Tucumán, Argentina, *Rehue* 1, 89-124, Concepción.
- Laguens, A.**  
2006 Continuidad y ruptura en procesos de diferenciación social en comunidades aldeanas del valle de Ambato, Catamarca, Argentina (siglos IV-X d.C.), *Chungara* 38 (2), 211-222, Arica.
- Laguens, A. y S. Juez**  
1999 Especialización en la manufactura cerámica de pucos aguada, en: *Resúmenes del XIII Congreso Nacional de Arqueología Argentina*, 141-142, Córdoba.
- Lazzari, M.**  
2006 Traveling Things and the Production of Social Spaces: An Archaeological Study of Circulation and Value in NW Argentina, tesis de doctorado, Department of Anthropology, Columbia University, New York.
- Lazzari, M. y L. Pereyra Domingorena**  
e.p. Revisitando el Ingenio Arenal-Faldas del Cerro (Catamarca): relevamiento planimétrico y nuevos sondeos, para publicarse en: *Actas del XV Congreso Nacional de Arqueología Argentina*, Río Cuarto.
- Llagostera, A.**  
1995 El componente cultural aguada en San Pedro de Atacama, *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* 6, 9-34, Santiago.
- Lumbreras, L. G.**  
1981 *Arqueología de la América andina*, Milla Batres, Lima.
- Márquez Miranda, F. y E. M. Cigliano**  
1961 Problemas arqueológicos de la zona de Ingenio del Arenal, *Revista del Museo de La Plata* 5 (25), 123-169, La Plata.
- Mohr-Chávez, K. L.**  
2001 La culture Chiripa. Religion et sacralité sur les rives du lac Titicaca, *Dossiers d'archéologie* 262, 24-29, Dijon.
- Muñoz, A.**  
2002 Informe sobre dataciones de La Candelaria, informe presentado al Världskulturmuseet, Göteborg.  
ms.
- Muñoz, A. y P. Stenborg**  
1999 Conclusions, en: P. Stenborg y A. Muñoz (eds.), *Masked Histories: A Re-Examination of the Rodolfo Schreiter Collection from North-Western Argentina*, *Etnologiska Studier* 43, 279-285, Göteborg.

- Muscio, H. J.**  
2004 Cronología de sitios a cielo abierto y poblamiento agroalfarero del periodo temprano en el valle de San Antonio de los Cobres, puna de Salta, en: *Resúmenes precirculados del XV Congreso Nacional de Arqueología Argentina, 20-25 septiembre de 2004*, pag. 316, Río Cuarto.
- Nastri, J., G. Pratolongo, A. Reynoso y A. M. Vargas**  
e.p. Arqueología en la Sierra del Cajón: poblados, corrales y pinturas, para publicarse en: *Actas del XV Congreso Nacional de Arqueología Argentina, Río Cuarto.*
- Nielsen, A. E.**  
1996 Demografía y cambio social en Quebrada de Humahuaca (Jujuy, Argentina), 700-1535 d.C., *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 21, 307-354, Buenos Aires.  
2003 Ocupaciones prehispánicas de la etapa agropastoril en la laguna de Vilama (Jujuy, Argentina), *Cuadernos de la Universidad Nacional de Jujuy* 20, 81-108, Jujuy.
- Núñez, L.**  
1994 Cruzando la cordillera por el norte: señoríos, caravanas y alianzas, en: F. Mena (ed.), *La cordillera de los Andes. Ruta de encuentros*, 9-21, Museo Chileno de Arte Precolombino, Santiago.
- Núñez Regueiro, V. A.**  
1998 *Arqueología, historia y antropología de los sitios de Alamito*, Ediciones Instituto Interdisciplinario de Estudios Andinos, Tucumán.
- Olivera, D.**  
1991 Tecnología y estrategias de adaptación en el Formativo (Agro-alfarero Temprano) de la puna meridional argentina. Un caso de estudio: Antofagasta de la Sierra (provincia de Catamarca), tesis de doctorado, Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de La Plata, La Plata.
- Olivera, D. y A. Nasti**  
1994 Aspectos metodológicos del análisis espacial intrasitio en el Formativo de la puna meridional, en: *Actas y Memorias del XI Congreso Nacional de Arqueología Argentina, Revista del Museo de Historia Natural de San Rafael* 13, 275-279, San Rafael.
- Ortíz, G.**  
2003 Estado actual del conocimiento del denominado Complejo o Tradición Cultural San Francisco: a 100 años de su descubrimiento, en: G. Ortíz y B. Ventura (eds.), *La mitad verde del mundo andino. Investigaciones arqueológicas en la vertiente oriental de los Andes y las tierras bajas de Bolivia y Argentina*, 23-71, Universidad de Jujuy, Jujuy.
- Palamarczuk, V., R. Spano, D. Magnífico, F. Weber, M. S. López y M. Manasiewicz**  
e.p. Soria 2. Apuntes sobre un sitio temprano en el valle de Yocavil (Catamarca, Argentina).
- Pastor, S. y D. Rivero**  
2004 Nuevas evidencias en torno a la ocupación agroalfarera temprana del valle de Yocavil, en: *Mosaico. Trabajos en antropología social y arqueología*, 189-199, Fundación Félix de Azara, Universidad Centro de Altos Estudios en Ciencias Exactas, Buenos Aires.
- Pelissero, N. y H. Difrieri**  
1981 *Quilmes*, Gobierno de la Provincia de Tucumán, Tucumán.
- Pérez Gollán, J. A.**  
1991 La cultura de La Aguada vista desde el valle de Ambato, *Publicaciones del Instituto de Antropología* 46, 157-173, Córdoba.  
2000a Los «suplicantes»: una cartografía social, *Temas de la Academia Nacional de Bellas Artes* 2 (2), 21-48, Buenos Aires.  
2000b El jaguar en llamas (La religión en el antiguo Noroeste argentino), en: M. Tarragó (ed.), *Nueva historia argentina. Vol. I, Los pueblos originarios y la conquista*, 229-256, Sudamericana, Buenos Aires.  
2000c *Caminos sagrados: arte precolombino argentino. Colección de la Cancillería argentina*, Ministerio de Relaciones Exteriores, Comercio Internacional y Culto, Argentina, Fundación Proa, Buenos Aires.

**Pérez Gollán, J. A. y I. Gordillo**

1994 Vilca/Uturuncu: hacia una arqueología del uso de alucinógenos en las sociedades prehispánicas de los Andes del sur, *Cuicuilco*, Nueva época 1 (1), 99-140, México, D.F.

**Pérez Gollán, J. A. y O. Heredia**

1990 Hacia un replanteo de la cultura de La Aguada, *Cuadernos del Instituto de Antropología* 12, 161-178, Buenos Aires.

**Quesada, M.**

2005 Prácticas cotidianas y estructuras de larga duración. La reproducción del paisaje agrícola en Tebenquiche Chico, ponencia presentada al Taller «Procesos Sociales Prehispánicos en los Andes Meridionales», Universidad de Buenos Aires, 3 a 5 de agosto, 2005, Instituto Interdisciplinario Tilcara, Jujuy.

**Raffino, R. A.**

1977 Las aldeas del Formativo Inferior de la Quebrada del Toro (provincia de Salta, República Argentina), *Obra del Centenario del Museo de La Plata*, tomo II, 253-299, La Plata.

**Raffino, R. A., G. Raviña, L. Baldini y A. Iácona**

1982 La expansión septentrional de la cultura La Aguada en el Noroeste argentino, *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología* 9, 179-182, Buenos Aires.

**Rolandi de Perrot, D.**

1974 Un hallazgo de objetos metálicos en el área del río Doncellas (provincia de Jujuy), *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 8, 152-160, Buenos Aires.

**Scattolin, M. C.**

1990 Dos asentamientos formativos al pie del Aconquija: el sitio Loma Alta (Catamarca, Argentina), *Gaceta Arqueológica Andina* 5 (17), 85-100, Lima.

2003 Recursos arquitectónicos y estilos cerámicos en los siglos IX y X d.C. en el valle de Santa María (Catamarca, Argentina), en: P. Cornell y P. Stenborg (eds.), *Local, regional, global: prehistoria, protohistoria e historia en los Valles Calchaquíes*, *Anales*, Nueva época 6, 63-98, Göteborg.

2006a Categoriemas indígenas y designaciones arqueológicas en el Noroeste argentino prehispánico, *Chungara* 38 (2), 185-196, Arica.

2006b Contornos y confines del Periodo Formativo en el Noroeste argentino. El universo iconográfico precalchaquí en el valle de Santa María, *Estudios Atacameños* 32, 119-139, San Pedro de Atacama.

2007 Santa María antes del año mil. Fechas y materiales para una historia cultural, en: V. Williams, B. Ventura, A. Callegari y H. D. Jacobaccio (eds.), *Sociedades precolombinas surandinas: temporalidad, interacción y dinámica cultural del NOA en el ámbito de los Andes centro-sur*, 203-219, Instituto de Arqueología, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

**Scattolin, M. C. y J. M. Gero**

1999 Consideraciones sobre fechados radiocarbónicos de Yutopian (Catamarca, Argentina), en: *Actas del XII Congreso Nacional de Arqueología Argentina*, vol. III, 352-357, La Plata.

**Sebag, L.**

2005 En forêt, *Gradhiva* 2, Nueva serie, 125-128, Paris.

**Tarragó, M. N.**

1980 Los asentamientos aldeanos tempranos en el sector septentrional del Valle Calchaquí, provincia de Salta y el desarrollo agrícola posterior, *Estudios Arqueológicos* 1, 29-53, Antofagasta.

1989 Contribución al conocimiento arqueológico de las poblaciones de los oasis de San Pedro de Atacama en relación con los otros pueblos puneños, en especial el sector septentrional del Valle Calchaquí, tesis de doctorado, Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional de Rosario, Rosario.

1996 El Formativo en el Noroeste argentino y el alto Valle Calchaquí, en: *Actas y Memorias del XI Congreso Nacional de Arqueología Argentina*, *Revista del Museo de Historia Natural de San Rafael* 23 (1/4), 103-119, San Rafael.

**Tarragó, M. N., L. González y J. Nastri**

1997 Las interacciones prehispánicas a través del estilo: el caso de la iconografía santamariana, *Estudios Atacameños* 14, 223-242, San Pedro de Atacama.

**Tarragó, M. N. y M. C. Scattolin**

1999 La problemática del Periodo Formativo en el valle de Santa María, en: *Actas del XII Congreso Nacional de Arqueología Argentina*, tomo I, 142-153, La Plata.

**Tartusi, M. y V. Núñez Regueiro**

1993 *Los centros ceremoniales del Noroeste argentino*, Publicaciones del Instituto de Arqueología 5, 1-49, San Miguel de Tucumán.

**Trigger, B.**

1992 *Historia del pensamiento arqueológico* [traducción de I. García Trócoli], Crítica, Barcelona.

**Whittle, A. y A. Bayliss**

2007 The Times of their Lives: From Chronological Precision to Kinds of History and Change, *Cambridge Archaeological Journal* 17 (1), 21-28, London.

**Yacobaccio, H. D., P. S. Escola, F. X. Pereyra, M. Lazzari y M. D. Glascock**

2004 Quest for Ancient Routes: Obsidian Research Sourcing in Northwestern Argentina, *Journal of Archaeological Science* 31, 193-204, New York.